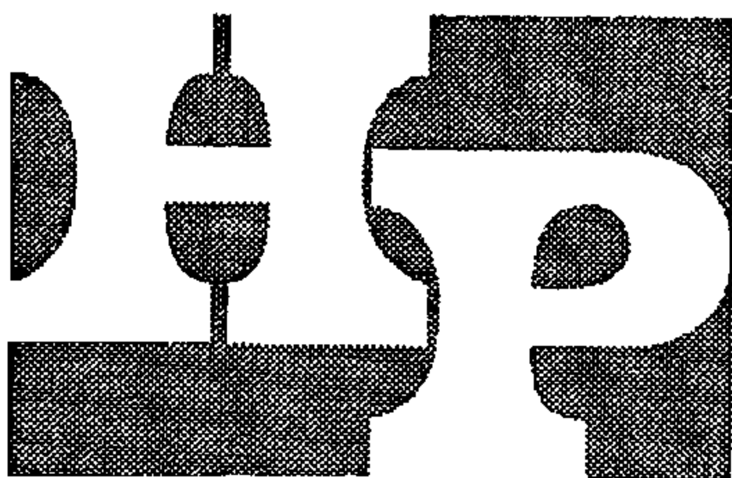
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERIE Héroes de la PRADERA

Keith Luger

AL SUR DEL INFIERNO





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

AL SUR DEL INFIERNO

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 90
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

Depósito Legal B 27.953 - 1971

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: setiembre, 1971

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Capítulo primero

El *sheriff* entró en la celda y dijo:

—Le llegó la hora, muchacho.

Del camastro emergió la figura de un joven de barba crecida, cabello rubio, ojos verdosos y rasgos faciales simpáticos, que se cubría con una camisa muy sucia y pantalones que también necesitaban un buen lavado.

—He estado oyendo el jaleo toda la tarde —dijo mirando al representante de la ley.

—No ahorcábamos a nadie desde hace seis meses.

—Lo comprendo. Noté muy aburrido su pueblo cuando llegué, *sheriff*. Hoy tendrán un día de fiesta.

—Celebro que lo tome así.

Hubo un silencio y luego el *sheriff*, que se había quedado junto a la puerta enrejada, se aclaró la garganta.

—Quiero pedirle una cosa, Jim.

—Ustedes son originales hasta en eso. Pide una cosa cuando he oído decir que a todos los condenados a muerte se les concede una última petición —lanzó un suspiro—. Está bien, *sheriff*; adelante.

—Necesito que me dé su nombre. Ya sabe; para hacerlo inscribir en la cruz que le pongamos sobre la fosa.

—Es usted muy amable, *sheriff*, pero ya di mi nombre medio centenar de veces desde que llegué a su ciudad.

—Pensé que lo suyo era un apodo.

—Quizá lo sea, pero desde pequeño me llamaron Jim Saratoga y no he conocido otro nombre.

El *sheriff* dio una cabezada.

—Muy bien, Jim. Ahora llegamos a lo que es la costumbre. ¿Quiere algo?

—Vaya, *sheriff* —sonrió el rubio—; veo que no pasan nada por alto. Discúlpeme por lo de antes.

—Le quedan quince minutos.

—¡Oh, sí, debo darme prisa! —Jim Saratoga se pasó la lengua por los labios mientras miraba el suelo.

Así transcurrieron unos segundos y luego el condenado a muerte alzó los ojos.

—¿Quiere creer que no se me ocurre nada, *sheriff*?

—¿No va a escribir ninguna carta a algún familiar o amigo?

—No.

—¿Alguna mujer?

Jim Saratoga sonrió otra vez.

—Tendría que escribir muchas, *sheriff*.

Hubo otra pausa.

—Le hemos preparado un buen desayuno. Huevos con jamón, un bistec con patatas, pastel de manzana y café.

—Déselo a su ayudante. Lo vi demasiado delgado, *sheriff*.

—Como quiera, Jim. Si no desea nada, iré a cumplir con mi obligación.

El representante de la ley giró sobre sus talones para salir de la celda.

—Espere, *sheriff*. Quiero decirle algo.

Miró al reo.

—Le escucho, Jim.

Éste hizo una pausa y agregó:

—Usted sabe perfectamente cómo ocurrió todo. Yo dije la verdad. Aquel hombre, Charles Farber, estaba haciendo trampas con los naipes. Lo acusé de ser un tramposo y él sacó el revólver. Tuve que defenderme y todo consistió en que apreté el gatillo antes que él. Hubo ocho personas que lo vieron y da la casualidad que cuatro de los tipos estaban siendo desplumados por el fulano, pero luego, en el juicio, todos se volvieron atrás. Tardé muy poco tiempo en darme cuenta de lo que pasaba. Charles Farber era hijo del más poderoso ranchero de la comarca. Y de esa forma me encontré con que yo debía morir ahorcado para satisfacer a Farber padre.

El *sheriff* escuchaba mirándose la punta de las botas.

—¿Está usted conforme con tal estado de cosas, *sheriff*?

El interpelado miró a la cara de Jim.

—Yo no era el juez ni formaba parte del jurado que lo condenó, muchacho. Sólo soy el *sheriff* encargado de la ejecución de la sentencia.

—Gracias por la aclaración, *sheriff*. Eso era todo.

El hombre de la estrella salió de la celda e hizo girar la llave en la cerradura desde la otra parte. Luego echó a andar, desapareciendo por el corredor que conducía a su oficina.

Jim Saratoga volvió a tenderse en el camastro. Por el ventanuco que había en la pared le llegaba el ruido de la ciudad.

Durante los doce días que había permanecido en aquel recinto todo había sido silencio, pero ahora era distinto. Percibía el runruneo de voces, los chirridos de los ejes de los carros, golpear de cascos de caballos sobre la tierra…

Al cabo de otros cinco minutos oyó otra vez pasos en el corredor.

Volvió la cabeza y vio llegar a través de los barrotes al *sheriff*. Pero ahora no estaba solo. Tras él se detuvo aquel ayudante tan delgado y otro hombre que vestía de negro. Con su diestra sostenía un fúnebre capuchón.

El *sheriff* abrió la puerta y dijo:

—¿Vamos, Jim?

El rubio saltó otra vez del camastro y echó una mirada a la estancia.

—Aquí se debe estar a gusto en invierno, *sheriff*, pero ahora estamos en junio y sudé mucho.

El hombre de luto soltó una risita y Jim Saratoga lo miró.

—Soy el verdugo —se presentó el tipo.

—No puedo decir que celebre conocerle.

—No se preocupe; estoy acostumbrado.

—Yo no. Es la primera vez que me ahorcan.

El verdugo rió otra vez.

—¿Lo oyó, *sheriff*? Es muy chistoso… Son los tipos mejores. Hace un par de años me encontré con uno en Valley City. Antes de bailar al extremo de la soga nos obsequió con una canción sureña que hizo llorar a la gente. Y luego el tipo, cuando terminó, se puso a reír como un loco… Nos tomó a todos el pelo antes de largarse al otro mundo.

—Me temo que en esta oportunidad se quedará sin canción —

objetó Jim—. Siempre me han dicho que tenía muy mala voz.

El *sheriff* sacudió la cabeza.

—Está bien, muchacho; hemos de atarle las manos a la espalda.

—De acuerdo, autoridad —dijo Jim y se volvió de espaldas juntando las manos sobre sus cuartos traseros.

El *sheriff* hizo una señal a su ayudante y éste se adelantó hacia el recluso con un cordel en las manos.

Jim Saratoga giró como una centella porque vio clara su oportunidad. La última. Sus manos se movieron muy rápidas porque era su vida lo que estaba en juego. Adelantó la derecha sobre la funda del ayudante y atrapando el revólver, tiró de él al tiempo que saltaba hacia la pared.

El *sheriff* fue el primero en reaccionar y ya su mano estaba sobre la culata del «Colt».

Jim Saratoga distendió los labios en una sonrisa.

—No haga eso, *sheriff*. Recuerde a Charles Farber. Lo maté en legítima defensa.

El ayudante delgado se echó contra la pared por temor a recibir una de las balas que se cruzasen entre el *sheriff* y el reo.

El verdugo había quedado boquiabierto y sus ojos saltones parecían ir a salir de las órbitas.

El *sheriff* arrugó el ceño.

—Ande, muchacho, devuelva ese revólver a Ben.

—No, *sheriff*.

—Usted no puede escapar de aquí.

—¿Quién lo dice? —sonrió Jim—. Me abriré camino aunque sea a tiros, pero yo espero que ustedes sean razonables.

—Le explicaré cuál es la situación y usted juzgará.

—Ahórrese las palabras. No me va a convencer.

—Escúchelas de todas formas. La calle está llena de gente. La han embotellado casi completamente y hay niños y mujeres. Usted saldrá con esa pistola en la mano, pero sus ojos no podrán vigilar por todas partes. Ya puede estar seguro de que una docena de hombres sacarán el revólver al mismo tiempo. Naturalmente, usted apretará el gatillo, pero apenas podrá hacer dos o tres disparos, y luego será cosido con plomo.

Jim se pasó el dorso de la mano por la crecida barba.

—Usted es grande, *sheriff*. Me van a ahorcar por haber matado a

un hombre en defensa propia y quiere que me entregue, cuando con este revólver en la mano se me ofrece la oportunidad de evitar que cometan una injusticia conmigo. ¿Lo comprende, autoridad? No se le puede pedir a nadie más de lo que está dispuesto a dar. Yo les he dado dos semanas de mi vida. Confórmense con eso.

—Le repito que usted no saldrá vivo del pueblo. Está solo, Jim.

—Los tengo a ustedes.

—¿Adonde quiere ir a parar?

—Me van a echar una mano.

—No lo piense.

—No se preocupe, autoridad. No los voy a utilizar como rehenes; eso sería un poco complicado. Se trata de algo más sencillo. Y les voy a hacer un ruego. Obedezcan sin replicar o les juro que no vacilaré en apretar el gatillo.

—Está bien, Jim —dijo el *sheriff*—. ¿Qué es lo que quiere?

—Primero desarmarlo a usted. Venga acá y póngase de espaldas.

El representante de la ley obedeció y Jim le quitó el revólver y lo puso en su cinturón.

El joven se dirigió al verdugo:

—Deje ese capuchón en el camastro.

El verdugo lo hizo sin vacilar y a continuación Jim ordenó:

—Ahora quítese esa ropa.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que va a hacer?

—Les pedí que me obedeciesen. Se me olvidó mencionar que no deben hacer ninguna pregunta. Vamos, dese prisa.

El verdugo movió nerviosamente la cabeza e inmediatamente empezó a quitarse la ropa, en lo que invirtió apenas un minuto.

—Corriente, amigo —dijo Jim—. Ahora se van a poner los tres con las manos apoyadas en la pared del fondo donde está la ventana. Yo estaré junto a la puerta. Tendré a mi alcance el revólver mientras me cambio de ropa. Les aseguro que soy muy rápido. Si alguno de ustedes intenta volverse, le prometo que se encontrará con un plomo antes de que haya conseguido dar dos pasos. Pueden hacer la prueba si quieren, pero antes de ello les aconsejo que recen una oración por su alma.

El *sheriff* sacudió la cabeza.

—No vamos a hacer nada, Jim. ¿Para qué arriesgarnos si usted caerá en la calle?

Jim hizo una señal y los tres hombres se fueron hacia la pared del fondo, y dando la espalda al joven, levantaron las manos y las apoyaron en la pared.

Jim Saratoga se acercó a la puerta enrejada con las ropas del verdugo y dejando los revólveres en el suelo se puso a cambiarse, observando atentamente a los tres hombres que eran ahora sus prisioneros. Ninguno de ellos intentó nada.

—Listo —dijo Jim, vestido ya con las ropas del verdugo, y agregó cuando los otros se volvieron—: No me queda perfectamente, pero puede pasar —miró al verdugo—. Ahora es justo que usted se ponga mi indumentaria. Como está, se puede resfriar.

El verdugo miró las ropas sudadas y sucias que había dejado Jim en el camastro y compuso una mueca de repugnancia.

—No, gracias. Prefiero estar así.

—¡Póngaselas!

El verdugo vio el revólver que le apuntaba y se movió rápidamente.

Al cabo de otro minuto estaba vestido con la camisa sucia y los pantalones llenos de polvo.

—Deme su sombrero —dijo Jim.

El verdugo dio el sombrero, que le resultó un poco grande.

—Ahora le toca a usted, ayudante —dijo.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó Ben.

—Ate las manos del verdugo.

—¡No! —gritó éste—. Usted no puede hacer eso conmigo…

—No se preocupe, amigo; no lo van a ahorcar. Sólo vamos a hacer una pequeña representación en obsequio del público.

El verdugo tragó saliva mientras ponía las manos a la espalda para que el ayudante le pudiese atar las muñecas.

—Ahora póngale el capuchón en la cabeza —dijo Jim.

El ayudante tomó el capuchón del camastro y lo embutió en la cabeza del verdugo. El *sheriff* rompió su largo silencio.

—Admito que posee usted una imaginación, Jim, pero ¿a quién quiere engañar con eso?

Jim Saratoga se echó el sombrero sobre la cara.

—He visto unas cuantas ejecuciones en la horca, *sheriff*, y no me pasaron inadvertidas algunas cosas. Por ejemplo —señaló hacia la

ventanuca—, el público que está ahí fuera solo tendrá ojos para el reo. Resulta muy espectacular eso de que lleve la cabeza cubierta con el capuchón… Todos quisieran verle la cara. Nuestro reo de ocasión irá flanqueado por su ayudante y por usted, *sheriff*, y yo iré justamente a su izquierda, junto a las fachadas de las casas. Le aconsejo que no cometa ninguna locura. Le doy mi palabra de honor de que tiro lo mismo con la zurda que con la derecha.

—Sigo pensando en que no va a escapar.

—Yo no estoy seguro de que lo consiga, pero lo voy a intentar, *sheriff*. —Hubo una pausa y luego Jim Saratoga dijo—: Preparados, muchachos. Vamos allá.

El verdugo gimió bajo la capucha.

—Deje las cosas como están, Luke.

Luke, el *sheriff* hizo un gesto afirmativo.

—Le vamos a seguir la corriente, Jim, pero no le va a servir de nada.

Primero salió el *sheriff*, llevando del brazo al verdugo, luego el ayudante y por último Jim Saratoga.

Continuaron en ese orden hacia la oficina y al llegar allí, donde no había nadie, el *sheriff* advirtió:

—Tengo la puerta cerrada con llave. No me gusta que entre la gente en los días de ejecución; no hacen más que estorbar…

—¿Dónde guarda mis armas?

—En el armario.

Jim caminó hacia el mueble que había contra la pared y vio sobre la estantería el cinturón con su revólver. Se lo puso rápidamente.

—Abra la puerta, *sheriff*. Saldremos en el mismo orden que de la celda, pero se han de detener todos junto a la puerta para alinearnos como les dije. ¿En qué dirección está el patíbulo?

—A la izquierda.

—Muy bien. Caminaremos hacia allá. El *sheriff* sonrió por primera vez.

—¿Y cuándo va a escapar, muchacho?

—En el momento más propicio.

—No habrá ninguno.

—Ya veremos. ¡Andando!

El *sheriff* hizo girar la llave que estaba puesta en la cerradura. Al

instante se oyó un gran vocerío en la calle.

Los cuatro hombres salieron fuera en el orden que Jim había establecido.

Frente al porche había treinta o cuarenta personas, casi todos hombres, aunque en la primera fila había unos cuantos niños y muchachos.

Jim Saratoga volvió la cabeza.

—Denle a las piernas.

Echaron a andar de cuatro en fondo por la acera de tablones y la gente se apartaba rápidamente bajando a la calzada.

Jim Saratoga caminaba entre el *sheriff* y la pared, de tal forma que éste le cubría con respecto a los espectadores que había en la calle.

Ahora el joven comprendió que el *sheriff* tenía razón. Alzó un poco los ojos por debajo del borde del ala del sombrero y vio la multitud al lado del patíbulo que se había levantado en la calle. No; por allí no podría escapar y tampoco adelantaría nada echando a correr por el lado contrario porque entonces tendría que dar las espaldas y eso sería tanto como provocar a un centenar de hombres a que sacasen el revólver.

Oyó al *sheriff*:

—¿Se convence ahora, Jim?

—Sí, está difícil.

—¿Por qué no deja de hacer el loco y se entrega?

—No, *sheriff*. Vamos a seguir adelante hasta el final. Y le diré por qué: sólo tengo una vida y he decidido conservarla por unos años más. Ahora, por favor, guarde silencio.

Siguieron avanzando. El alboroto de la multitud cada vez era más grande, ya que se acercaban a la parte de la calle donde había más gente.

Los ojos de Jim Saratoga vieron el cartel: Corral de Harrison. Estaba en la próxima esquina y tenía entrada por la Calle Mayor y por otra transversal. Luego, diez yardas más allá, estaba el cadalso.

Bajaron de la acera y continuaron avanzando en línea recta.

Ya estaban llegando a la parte del corral que daba a la Calle Mayor. Justamente el hueco sólo estaba ocupado por dos hombres.

Jim conservaba su diestra sobre la culata del revólver.

De pronto, cuando ya habían pasado la puerta, retrocedió y se

coló por el hueco. Un segundo antes sus ojos habían observado hacia el interior del corral descubriendo a un *cowboy* que se disponía a desensillar un caballo.

Avanzaba a todo correr sobre el *cowboy* cuando oyó la voz del *sheriff*:

—¡Ahí va, muchachos! ¡Al corral!

Pero Jim contaba con que se producirían unos cuantos segundos de sorpresa.

No estaba para dar explicaciones. El *cowboy* había interrumpido su faena volviéndose, y Jim cayó sobre él descargándole un puñetazo en el mentón.

El desconocido rodó por el suelo y quedó inmóvil.

Luego, Jim saltó sobre la silla y lanzó el caballo hacia la puerta que había unas tres yardas a la izquierda, y que daba a la calle transversal. Oyó dos disparos, pero las balas golpearon contra la pared porque él ya había escapado por la puerta.

Se dijo que todo iba a depender del caballo y ahora se dio cuenta de que había tenido mucha suerte porque aquel potro era realmente magnífico.

Se descolgó de la silla y se volvió echando una mirada al camino que dejaba atrás. Se había producido una gran conmoción entre la muchedumbre y a pesar de la primera voz del *sheriff*, nadie podía entender lo que había ocurrido, ya que el espectáculo contaba con el elemento más importante, con el hombre que iban a ajusticiar, el que caminaba entre el *sheriff* y su ayudante con las manos atadas a la espalda y la cabeza cubierta con el capuchón negro.

Pero ahora Jim vio cómo aparecían dos hombres por la puerta que acababa de abandonar.

Tocó el suelo con el pie y se dio impulso, saltando por el otro lado de la silla. Otras dos balas pasaron silbando por encima de su cabeza.

Luego movió las bridas y el caballo cruzó como una centella por un callejón. Llegó al final de las casas del pueblo y pensó en el camino a seguir en su huida.

Teniendo en cuenta las magníficas condiciones del potro que montaba, decidió que lo mejor que podía hacer era seguir la ruta del desierto.

Dejó atrás dos colinas y tuvo ante sí la anchurosa faz de la tierra

llana de piedras, de cactus y de polvo, y allá a lo lejos sobre un cielo azul de un color lechoso, el gran disco del sol.

CAPÍTULO II

Estaba al borde del agotamiento.

Llevaba tres días cabalgando y a lo largo de aquel tiempo sólo había encontrado un manantial en su camino, un charco en donde bebió y del que tuvo que alejarse más tarde conformándose tan sólo con empapar de agua el pañuelo porque no tenía ningún recipiente. Y después de eso, sólo encontró el desierto en su camino. Muchas veces había desmontado continuando su camino a pie, llevando de las bridas el caballo, porque no quería cansarlo excesivamente.

Ahora el sol se estaba levantando otra vez.

Avanzaba sobre el potro, tocando con la cabeza el cuello del animal porque apenas podía sostenerse en la silla.

Ya sabía que estaba muy próximo el fin.

Ya le era difícil enfocar la mirada sobre los cactus o sobre las rocas porque todas las figuras aparecían desdibujadas en su retina.

Cruzaron por su mente aquellas imágenes de su huida del pueblo y oyó una carcajada y se asombró de que él la pudiese haber emitido.

Sí, él había escapado de la horca para ir a morir al desierto. De pronto creyó oír un ladrido.

No, no era posible. Eso sólo podía significar que se encontraba cada vez peor. Otra vez lo oyó.

Alzó la cabeza, los ojos entrecerrados, porque los rayos del sol le herían produciéndole ondas de dolor en el cerebro.

Vio que algo se movía al frente, a un cuarto de milla.

No, no soñaba. El perro estaba allí y ladraba furiosamente.

¡Santo cielo! Aquel perro tenía un significado mucho más profundo que su simple presencia. Había de haber un dueño y éste podría tener agua y alimentos…

Palmeó su caballo, pero éste no aumentó el ritmo cansino de su avance. No; también estaba al límite de sus fuerzas.

La marcha fue lenta, muy lenta. Y de pronto se dio cuenta de que el perro ya no ladraba.

Miró adonde lo había visto la última vez y descubrió el montículo vacío. Cerró los ojos con fuerza. Ahora lo comprendía. Había sido un espejismo. Bien; se había acabado todo.

Se inclinó otra vez sobre el cuello del animal y decidió que lo mejor para él sería no pensar en la posibilidad de una salvación. Debía tratar de dormir. Eso era lo que le hacía falta. Dormir. Y quizá del sueño pasaría a la muerte, y eso sería algo bueno.

Y de repente oyó otra vez los ladridos, ahora mucho más cerca, y cuando alzó la cabeza vio el perro otra vez allá arriba y pudo contemplar su pelaje blanco y negro, sus orejas gachas, el cuello estirado, ladrando, la lengua larga y los colmillos cortantes como agudos cuchillos.

Y por detrás del perro, más allá del montículo, emergió la figura de un hombre. Era un tipo de barba crecida y se cubría con una camisa cuyos faldones le colgaban por encima del pantalón. Era muy alto, de cabello negro y brillante. Y en su mano derecha portaba un rifle.

Se detuvo en lo alto del montículo y levantó el arma.

—Hola, amigo —dijo Jim.

El otro lo examinó un rato en silencio. La frente era ancha, las cejas espesas y su cara poseía rasgos angulosos, y el hocico era saliente.

—¡Largo de aquí!

—¿Cómo dice?

—¡He dicho que vuelva grupas y que se marche por donde ha venido!

Jim hizo otro esfuerzo para mantenerse en la silla. Ya no podía más. Se iba a desmayar.

—Aguarde —murmuró—. Sólo quiero un poco de agua.

—Le he dicho que se marche.

—Pero ¿es que no comprende? —murmuró Jim con un hililllo de voz—. Me encuentro muy mal… Ayúdeme, amigo.

El hombre bajó unas pulgadas el rifle e hizo un disparo.

Jim observó cómo la bala se hundía delante del caballo y luego

el hombre dijo:

—La próxima vez dispararé contra usted.

Jim sacó fuerzas de flaqueza o quizá fuese que las recobrase, porque la ira le llenó el pecho y le hizo latir las sienes.

—Sólo deseo que me preste auxilio —dijo muy aprisa—. Hágalo… Me conformaré con una ración de agua para mí y para mi caballo.

El hombre movió la cabeza en sentido negativo y eso para Jim equivalió a una sentencia.

—Le voy a dar tres segundos para que empiece a alejarse de aquí —le oyó decir.

Jim tenía las manos muy lejos de la funda de su revólver, pero se dijo que no podía obedecer la orden de aquel tipo. Ahora tenía la seguridad de que él tenía agua y alimentos porque lo veía fuerte, dominante, y sus trazas no parecían ser las de un viajero.

Movió la diestra rápidamente hacia el «Colt» y de pronto el rifle se disparó otra vez.

Jim sintió cómo algo crujía en su cabeza y seguidamente todo el espacio se convirtió en una mancha roja, como de sangre, y ya no vio nada ante sí; ni al hombre, ni al perro ni tan siquiera las piedras.

Y luego la mancha roja se fue tornando negra y él se hundió en un vacío, y aquel pozo no tenía fin y él daba vueltas, muchas vueltas, y mientras descendía había seres invisibles que lo golpeaban con martillos en la cabeza. Pero luego, mucho tiempo después, tuvo la impresión de que golpeaba contra algo y allá se quedó quieto y entonces perdió la noción de todo…

No supo cuánto tiempo transcurrió. Al abrir los ojos vio ante sí una nube esponjosa de un tono grisáceo que se fue difuminando poco a poco y tras ella apareció un rostro femenino.

Su cabello era negro y las cejas finamente trazadas en arco y los ojos muy grandes, azulados, y el cutis blanco y los labios muy rojos y toda la cara era bella, desde la frente hasta el grácil cuello.

Los labios se movieron.

—¿Se siente mejor?

—Sí.

—Ha estado muy grave.

Sí, estaba tendido en una cama. Todavía sentía un pequeño

dolor en la cabeza y alzó la mano y de pronto se dio cuenta de que en su frente había un vendaje.

—Tiene que perdonar a Jess —dijo la mujer—. Creyó que usted era un forajido… Usted no debió echar mano del revólver.

Entonces Jim recordó toda la escena. El hombre del rifle se llamaba Jess y la segunda bala que salió por el cañón le había alcanzado en la cabeza.

—Por fortuna, Jess falló —la oyó decir—, aunque por muy poco.

Jim se humedeció los labios con la lengua y entonces recordó lo otro, lo de que él era un fugitivo y que allá, en aquel pueblo debían haber organizado una persecución tras él.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Cinco días.

Le resultaba increíble.

—Al principio tuvo mucha fiebre —le explicó ella—. Creímos que moriría.

Se oyeron voces infantiles fuera de la casa, como de niños que riñen. Miró la ventana que estaba a la izquierda.

—Son Tim y Mary —dijo ella—. Mis hijos.

Luego salió de la habitación, pero al cabo de un rato la oyó a lo lejos.

—Os he dicho que no juguéis aquí. Molestáis al enfermo… Idos a la parte de atrás u os dejo sin postre.

Jim creyó que ella regresaría a la habitación, pero pasaron cinco minutos y todo siguió en silencio. Al fin se abrió la puerta y la mujer avanzó con un tazón humeante entre las manos.

—Beba esto. Es una sopa de pollo. Tiene mucho alimento. Le confortará.

Jim trató de incorporarse por sus propios medios y sintió un agudo dolor en la cabeza.

—Espere —dijo ella, y dejó el tazón sobre la mesita de noche. Luego le pasó el brazo por la espalda y lo ayudó a erguirse.

Jim sintió la suave tibieza que emanaba de su cuerpo y la fragancia de su cabello, y al alzar los ojos se encontró con los de ella y así permanecieron unos segundos, pero luego la joven dio media vuelta rápidamente y cogió de nuevo el tazón.

—Ande, beba.

Jim bebió a pequeños tragos. Luego se recostó otra vez sobre la

almohada sintiéndose muy cansado.

—Debe dormir —dijo ella—. Es lo mejor para recuperarse.

Jim no dijo nada y ella salió de la habitación cerrando tras de sí.

Le invadió un gran sopor, pero tardó mucho tiempo en conciliar el sueño. Al despertar se encontró solo en la habitación.

Observó la ventana y comprobó que era de noche. Detrás de la puerta oyó ruido de pasos y luego la voz de un hombre.

—No has debido hacerlo, Sheyla. Está claro que ese tipo es un pistolero.

—Tú no lo sabes, Jess.

—Me bastó echarle una mirada.

—¿Qué querías? ¿Que fuese desarmado?

—¿Es que no te das cuenta, Sheyla? No llevaba alforjas ni cantimplora y estaba cruzando el desierto.

—Ésa no es una razón.

—Te dije que le gané por la mano. Iba ya a sacar el revólver. Lo único que pasó es que yo fui más rápido que él.

—Dejemos eso.

—Está bien. Ya se encuentra en condiciones de marcharse.

—¿Cómo puedes hablar así, Jess? Ha estado muy enfermo.

—Pero ya ha hablado contigo y eso quiere decir que puede continuar su viaje.

—Está muy débil.

—Le daremos una alforja con alimentos y también una cantimplora con agua. Todo por cuenta de la casa. Él mismo se sentirá muy contento de marcharse.

—Sí, Jess. Es lo que haremos. Pero no ahora.

—¿Dónde vas?

—Tiene que comer algo.

—Déjalo que duerma.

—Necesita alimentarse, de lo contrario recaerá.

Jim oyó que la puerta se abría y cerró los ojos haciéndose el dormido. Oyó los pasos de ella que se acercaban a la cama y luego se detuvieron.

Jim se removió como si estuviese despertando y abrió los ojos parpadeando. Vio su bonita cara y sus grandes ojos que lo observaban. Eran unos ojos muy hermosos y sus pestañas eran largas y sedosas.

—Hola —dijo él.
—Supongo que tiene hambre.
—Mucha.
—Le he preparado algo que confío le guste.
—Se ha molestado demasiado. Me comería mi propio cinturón si me lo sirviesen pasado por la lumbre.
La joven inició una sonrisa y se marchó. Otra vez la voz del hombre:
—¿Ya despertó el caballero?
—Cállate, Jess.
Jim la oyó trastear y luego regresó trayendo una bandeja de madera sobre la que descansaba un plato.
—¿Quiere que le ayude a sentarse? —preguntó la joven.
—Creo que ya puedo hacerlo solo —dijo él.
Se sentó en la cama y ella, entonces, le puso la bandeja sobre las rodillas. En el plato había algunos trozos de pollo con salsa y en la bandeja una hogaza de pan y un cubierto.
—Esto tiene muy buen aspecto —dijo.
—Celebro que le guste —dijo ella, y salió de la habitación.
Lo comió todo dejando limpios los huesos y el plato. Más tarde tomó la bandeja y la dejó sobre la mesilla de noche. Ahora de la estancia vecina no le llegaba ninguna voz.
De pronto la puerta se abrió y Jim vio en el hueco al hombre moreno de la barba crecida, a Jess.
Ambos se miraron fijamente a los ojos.
—¿Cuál es su nombre?
Jim ya estaba preparado para aquella pregunta.
—Dan Watson.
—¿Qué hacía por aquí?
—Me perdí.
—¿A quién se lo quiere hacer creer?
Se oyó el golpear de una puerta, un taconeo y la joven apareció en la puerta, junto a Jess.
Hubo unos segundos de suspenso y luego Jess dijo:
—Se llama Dan Watson y se perdió.
La joven inició otra vez aquella sonrisa, pero a Jim le pareció ahora un poco amarga.
—Tuvo suerte entonces en llegarse por aquí.

—No lo creo —opuso Jess, apoyándose en el marco de la puerta —. Nadie se pierde por el desierto sin llevar alforjas ni cantimplora.

—¿Quién le ha dicho que yo no llevaba alforjas y cantimplora? —repuso Jim.

—Yo no se las vi.

—Traía conmigo otro caballo donde transportaba todo lo que me hacía falta. El hombre a quien se lo compré me advirtió que no era un animal muy dócil, pero yo lo eché al olvido y lo pagué bien caro. Se me marchó de noche, y cuando desperté al día siguiente, lo busqué por todas partes sin encontrarlo…

Sobrevino otro silencio. Jim se dio cuenta de que Jess aceptaba la historia con escepticismo. Miró el rostro de ella y lo vio inexpresivo.

—¿Hacia dónde se dirigía? —preguntó Jess.

—A Tucson.

—¿Qué iba a hacer allí?

—Jess, por favor… —dijo Sheyla—; el señor Watson no se encuentra en condiciones de que lo sometas a un interrogatorio.

—No, creo que no —aceptó Jess, y dando media vuelta salió afuera. Jim se pasó una mano por la crecida barba.

—Lo siento de verdad —dijo—. Le he traído a usted complicaciones.

—No diga esto.

—A su marido no le agrada mi presencia.

Ella lo miró a los ojos y luego de inspirar profundamente dijo:

—Jess no es mi marido.

Sheyla se adelantó hasta la mesilla de noche y tomando la bandeja se dirigió otra vez hacia la puerta.

Jim no se había movido una pulgada y Sheyla se volvió en el umbral y dijo:

—Buenas noches, señor Watson.

—Buenas noches —repitió él como un eco.

CAPÍTULO III

Estaba amaneciendo y Jim salió de la casa. Despertó todavía de noche y había permanecido en la cama prestando atención a todos los ruidos, pero no le llegó ninguno. Finalmente, cuando observó un poco de luz, se decidió a saltar del lecho.

Invirtió mucho tiempo en vestirse y en calzarse las botas y ahora estaba allí fuera contemplando el paisaje con admiración.

Era un oasis en el desierto, un pequeño valle por el que corría un riachuelo. El agua caía de arriba, de una roca, y luego se arrastraba perezosamente y allá a lo lejos se perdía otra vez en el desierto, pero aquella agua era suficiente para regar las tierras del valle, un trozo de éstas aparecían cultivadas, pero otras se hallaban en completo abandono. Era difícil imaginar que pudiese existir un sitio como aquél en medio del infierno.

—Buenos días —oyó una voz varonil a sus espaldas.

Se volvió rápidamente y lo vio al lado de la puerta. Otra vez tenía el rifle en la mano.

—Hola —saludó Jim.

—Ya se encuentra bien, ¿verdad?

—Mucho mejor.

—Me lo imaginé. Y le preparé todo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Jim, a pesar de que bien lo sabía.

—Venga conmigo al establo.

Echó a andar, pero como Jim no se moviese se detuvo nuevamente y alzó unas pulgadas el rifle.

—No nos gusta la gente extraña.

—¿Habla por sí solo o por ella también, Jess?

—Por los dos.

—Preferiría quedarme hasta despedirme de Sheyla. Quiero darle las gracias.

—Se las daré yo de su parte.

Jim vio cómo la mano de Jess apretaba con más fuerza la culata y entonces echó a andar tras de él.

Fueron al establo, que era un cobertizo adyacente a la casa. Jim vio su caballo ya ensillado y también observó las alforjas llenas y una gran cantimplora.

—Ha pensado en todo, Jess.

—Sí —respondió el hombre—. Y también imaginé que le gustaría marcharse en seguida para continuar su viaje a Tucson.

—Sólo se le olvidó un detalle.

—¿Sí?

—Mis revólveres.

Jess sonrió meneando la cabeza y caminó hacia un rincón. Se agachó levantando un saco y cuando se irguió mostró en la mano el cinturón canana con los revólveres.

—Aquí los tiene —dijo y los arrojó al suelo, a los pies de Jim.

Saratoga permaneció un rato quieto mirando a Jess y finalmente se agachó.

—Le advierto que están descargados —sonrió Jess.

Jim no dijo nada y se incorporó, poniéndose el cinturón. Luego caminó hacia su caballo. De pronto se oyeron pasos precipitados y apareció Sheyla en el hueco, exclamando:

—¿Dónde está…? —se interrumpió al ver al joven junto al caballo. Jess contestó:

—El señor Watson se marcha. Naturalmente me encargó que lo despidiese de ti.

La joven observó a Jess y luego desvió los ojos hacia Jim.

—Creo que no está en condiciones para hacer un viaje tan largo como el de Tucson.

—Me las arreglaré para llegar —contestó Jim.

—Debe estar todavía muy débil.

—Jess se ocupó en prepararme unas buenas alforjas. No me faltará comida.

—Pero todavía no se ha curado la herida de su cabeza. Estoy segura de que es una temeridad por su parte.

Jess rió.

—Watson es un muchacho muy fuerte. Jim sacudió la cabeza.

—Siento no poder pagarle todo lo que ha hecho por mí. Usted ya sabrá que no tengo ningún dinero. Pero alguna vez quedaremos a la par.

—Claro que sí —dijo Jess—. Usted se pone a trabajar en cualquier parte y ya nos enviará un puñado de dólares. Por aquí pasa una diligencia cada siete días. Es la que hace el viaje entre Tucson y Amarillo. Bastará con que ponga en el sobre que es para la señora Sheyla Norse… Necesitamos dinero para comprar lo que nos hace falta, y usted hizo un poco de gasto.

—¡Jess! —exclamó Sheyla con tono de reconvención.

—Jess tiene razón —dijo Jim—. Le repito que pienso pagarle, señora Norse.

—No hace falta que lo haga.

—Es usted muy amable.

—Pero si insiste en ello…

—¡Sí, señora Norse!

—Aquí hay trabajo para dos hombres. Jess saltó desde el rincón:

—Olvide eso, Watson.

La joven se volvió hacia Jess. Jim la vio con los ojos furiosos, la respiración alterada. Jess también la miró con los ojos convertidos en grietas.

Entonces Jim dijo:

—Siempre me han gustado las labores del campo.

Jess volvió la cabeza hacia él como si lo hubiese mordido un escorpión.

—Aquí no hay trabajo para usted, Watson.

—¡Ya basta, Jess! —exclamó la joven—. Yo soy la dueña de esta tierra y sé cómo gobernarla.

—Cometes un error, Sheyla.

—Es cuenta mía.

—¿Quién es él?

—Sólo sé que la tierra necesita dos hombres para trabajarla.

—Yo soy bastante.

—No, Jess. Tampoco lo fue mi marido mientras vivió. Él te contrató a ti. Y sólo entonces, mientras trabajasteis los dos, se pudo sacar rendimiento al valle. Luego, desde que Tim murió, todo ha ido mal.

—De modo que me recriminas ahora.

—No, Jess, no te recrimino nada. Tú has hecho cuanto has podido, pero es superior a tus fuerzas.

—¡No lo es! Soy fuerte y no me cansa el trabajo.

—Ya lo sé, Jess, pero te repito que es demasiado para un solo hombre.

Jess se pasó la lengua por los labios. Su mirada era más brillante cuando la depositó en la figura del hombre que había herido con el rifle.

—Éste no es lugar para usted, Watson. Es mejor que no se detenga. Jim se mantuvo unos instantes quieto y luego se dirigió a la joven.

—¿Mantiene la oferta, Sheyla? La joven inspiró profundamente.

—Sí, señor Watson.

—Muy bien. Entonces me quedo.

—Gracias, señor Watson. Le prepararé una habitación en la casa… Oh, se nos olvidó hablar del sueldo. Ganará dos dólares diarios, pero no le pagaré hasta el otoño.

Jess sonrió.

—Estoy seguro de que Watson no habrá pensado permanecer tanto tiempo aquí.

Faltan cinco meses para entonces.

Jim se mantuvo pensativo unos segundos, observando cómo Jess y ella esperaban su respuesta aunque su interés fuera distinto.

—Acepto, señora Norse. Dos dólares diarios a pagar en el otoño.

—Naturalmente —dijo ella, usted no puede empezar a trabajar hasta dentro de unos días.

—No estoy tan mal como cree y es conveniente que me vaya entrenando. La bala sólo me rozó la cabeza… Lo que pasó es que me encontraba completamente agotado.

—Como quiera, señor Watson. Pero debe cuidarse un poco. Su vida, durante los próximos meses, va a ser un poco dura.

—Me vendrá bien.

—Desensille el caballo. Yo he de volver a la casa para prepararles el desayuno.

La joven dio media vuelta y caminó hacia la salida del cobertizo, pero al llegar junto a la puerta se detuvo y muy seria dijo:

—Bien venido a Paradise Valley, señor Watson. Luego, sin

esperar respuesta, desapareció.

Los dos hombres permanecieron inmóviles hasta que el eco de los pasos de ella se perdió a lo lejos.

Entonces Jim se puso a desensillar el caballo.

Oyó a Jess que se acercaba y cuando miró hacia él lo vio detenerse a unas dos yardas.

—¿Por qué se ha quedado, Watson?

—No tenía ningún plan fijo para Tucson.

—En aquella zona y la de Amarillo ganaría más de los dos dólares, diarios. Algunos rancheros están faltos de hombres.

—También me gusta este valle. Tiene un bonito nombre: Paradise.

—¿Cuál es la razón, Watson?

—No le comprendo.

—Me entiende perfectamente. Todavía no ha dicho por qué ha decidido quedarse.

—¿Qué es lo que espera que responda?

Jess lo miró un rato en silencio y finalmente echó a andar hacia la puerta del cobertizo.

De pronto se detuvo y giró la cabeza.

—No piense en ella, Watson. ¿Lo entiende…? No piense en Sheyla Norse.

Tras su amenaza, salió del establo dejando a Jim solo.

CAPÍTULO IV

Habían pasado siete días desde que Jim Saratoga llegó a Paradise Valley. Ya estaba completamente restablecido y de su herida en la cabeza sólo conservaba una pequeña señal que se le marcharía con el tiempo.

Los hijos de Sheyla. —Tim, de seis años, y Mary, de cinco—, le tomaron en seguida cariño y todas las tardes, al ocultarse el sol, cuando él y Jess Madigan acababan su trabajo, los dos chiquillos acudían a su lado para oírle contar fábulas.

Su situación respecto a Jess no había mejorado nada. Los dos hombres apenas intercambiaban palabra alguna, y cuando lo hacían, el tema se refería a su trabajo.

Sheyla se daba cuenta del enrarecido ambiente que se había creado entre los dos hombres, y siempre que tenía ocasión trataba de suavizarlo, pero estaba muy lejos de lograr el éxito deseado.

Ocurrió durante la mañana del séptimo día. Jim araba las tierras de la orilla derecha del río, muy cerca del lugar donde el agua se despeñaba desde lo alto para serpear luego por el valle. Desde aquel lugar no veía a Jess Madigan, quien roturaba un nuevo trozo de terreno en la parte más lejana del valle.

Jim vio llegar por la otra margen a Sheyla con un cántaro para llenarlo de agua en el remanso que se formaba junto a la catarata y él fue a su encuentro saltando por las rocas.

—Démelo.

Sheyla le dio el cántaro y él, en lugar de sumergirlo en la olla se acercó a la cascada y lo puso bajo uno de los chorros de agua.

Hizo la pregunta que le quemaba en los labios desde hacía muchos días.

—¿Cuándo murió su marido, Sheyla?

—Hace cinco meses.

—¿Qué clase de enfermedad fue?

—No fue ninguna enfermedad. Lo mataron unos forajidos. Jim se volvió para mirarla.

—¿Unos forajidos? ¿Quiénes?

—Un mal día aparecieron tres pistoleros por nuestra casa… En aquel momento mi marido y Jess estaban trabajando en el campo. Ellos tomaron todas las armas que había en la casa y luego sólo tuvieron que esperar a que Tim y Jess regresasen. Ninguno de los dos pudo hacer nada… Fue como una pesadilla.

El cántaro ya se había llenado de agua y Jim lo hizo descansar en el suelo.

—¿Qué querían esos tipos?

—Muchas cosas. Alimento, agua, dinero y un caballo porque el de uno de ellos se había dañado una pata. Sólo teníamos cincuenta dólares en la casa. Mi marido dijo que no teníamos nada y fue brutalmente golpeado por el que parecía el jefe del grupo hasta que yo les entregué el dinero. Sus compañeros le llamaban Bill Masterson. Los nombres de los otros eran Nash y Derry… Los recordaré mientras viva.

—¿Cómo acabó la cosa?

Pasaron la noche en casa. Mientras dos descansaban, el otro nos apuntaba con sus revólveres. Mi marido, Jess y yo tuvimos que estar despiertos, frente a ellos, sentados contra la pared. Finalmente, cuando se hizo de día, abandonaron el valle. Habían descargado todas las armas y las dejaron a unas cien yardas de la casa. Apenas se hubieron perdido a lo lejos, mi marido ordenó a Jess que se preparase. Iba a salir en su persecución. Quise disuadir a Tim, pero no quiso oírme.

—¿Y Jess? ¿Estuvo de acuerdo en ir con su marido en busca de los bandidos?

—Sí, Jess se mostró conforme… Tuve el presentimiento de que algo muy malo iba a ocurrir —la joven hizo una pausa—. Al anochecer volvieron los dos, pero mi marido, estaba muerto, cruzado en la silla… Jess me lo contó todo. Los forajidos debieron imaginarse que iban a ser seguidos y a unas veinte millas de la casa les prepararon una trampa. Se tirotearon por espacio de una hora y finalmente mi marido fue alcanzado en la cabeza… Murió

instantáneamente.

La joven guardó un nuevo silencio, que Jim respetó.

—Los primeros días dudé respecto a lo que yo debería hacer… ¿Iba a abandonar todo eso? Era el fruto del esfuerzo de mi marido. Cuando llegamos aquí hace tres años él vio las grandes posibilidades de este oasis. El valle era muy grande, la tierra buena y había suficiente agua para regarlo todo… ¿Adonde podía ir con mis dos hijos? No tengo ningún familiar. De marchar a una ciudad, habría tenido que emplearme en cualquier cosa, de modo que decidí quedarme, aun cuando me di perfecta cuenta de que esta tierra necesitaba por lo menos los brazos de un hombre… Se lo dije a Jess y él estuvo de acuerdo en quedarse también.

—Hábleme de él, de Jess.

—Llegó aquí hace cosa de un año. Dijo que se dirigía a California. Mi marido le hizo una oferta y él la aceptó.

—Es un hombre un poco extraño —comentó Jim.

—No debe tenerle en cuenta lo que hizo cuando usted llegó.

—No me importa lo del balazo, puesto que sigo viviendo. Lo único que me inquieta es el significado de aquel disparo.

—No le comprendo.

—Jess no quiere a ningún hombre aquí. La joven empezó a enrojecer.

—¿Qué es lo que usted supone, Dan?

—Nada de lo que usted cree. Sé perfectamente que entre usted y él no ha existido ni existe nada. Pero Jess alberga cierta clase de sentimientos que le indujeron a quedarse en Paradise Valley, cuando usted se lo pidió, y que lo obligaron a apretar el gatillo cuando yo aparecí por aquí.

—No siga hablando, por favor.

—¿Cree que así podrá huir de la realidad?

—Deme el cántaro.

—Muy bien —dijo Jim, y alargó el cántaro que ella apoyó en la cadera.

—Usted es bonita, Sheyla, y Jess es un hombre. ¿No tuvo en cuenta todo eso cuando decidió quedarse?

Las aletas de la nariz femenina palpitaron.

—Lo he mantenido lejos de mí.

—No lo dudo, pero usted nunca ha debido pensar en que él se

estaría quieto por mucho tiempo.

—Creo que usted exagera.

—No, Sheyla, no exagero. Llevo aquí ya suficientes días para haberme dado cuenta de cómo están las cosas. He sorprendido a Jess mirándola.

—Le concede demasiada importancia a algo que, después de todo, no la tiene.

—¿Usted cree, Sheyla?

—Usted lo dijo antes. Él es un hombre y yo soy una mujer y no hay otra en cien millas a la redonda. Es lógico que Jess me mire alguna vez.

—No en la forma que lo hace.

De pronto Jim tuvo la sensación de que le estaban espiando. Era una especie de sexto sentido, gracias al cual debía él seguir conservando la vida.

Volvió la cabeza rápidamente y lo vio a lo lejos, en el vértice del arco que trazaba el río. Estaba en pie, sobre una piedra, y con sus manos fuertes apretaba el mango de una pala y sus ojos estaban fijos en la cascada.

Sheyla también siguió la mirada de Jim y por unos instantes los tres personajes se estuvieron observando en silencio mientras las nubes volaban por encima de sus cabezas muy raudas, manchando el río con sus sombras.

Sheyla rompió la inmovilidad del grupo, y dando media vuelta, con el cántaro apoyado en la cadera, echó a andar hacia la casa.

Pero Jim y Jess permanecieron todavía quietos, mirándose, hasta que por último Saratoga se dirigió otra vez a la tierra que estaba arando.

Cuando al cabo de un rato volvió otra vez la cabeza hacia el lugar donde había visto a Jess, éste había desaparecido.

Transcurrieron dos horas y el sol empezó a hundirse en el horizonte dejando tras de sí una estela de sangre que salpicó la tierra.

Jim conducía las caballerías hacia la casa cuando de pronto, al cruzar el río, vio a Jess apoyado en una gran roca.

El joven comprendió que Madigan le estaba esperando, pero de todas formas fue a pasar de largo.

—Párate, Watson.

Jim se detuvo a unas tres yardas y las caballerías continuaron hacia la casa.

—¿Qué quieres, Jess?

—Te lo dije, ¿verdad?

—¿El qué?

—No te hagas el tonto. Te advertí que ni siquiera pensaras en ella.

Jim lo miró a la cara y vio cómo el sudor le resbalaba por la frente y por las mejillas y se le introducía por el cuello de la camisa.

—Tú no puedes evitar eso, Jess. Tú no puedes impedir que un hombre piense en una mujer.

—¿De modo que lo confiesas?

—Óyeme, Jess. No me quedé aquí para pelear contigo, aunque tengo razones para volarte la cabeza.

Jess sonrió enseñando los dientes.

—Ya probé de que era más rápido que tú, Watson.

Jim se dijo que aquel Jess era un estúpido. No tenía en cuenta que había disparado su rifle contra un hombre agotado.

—Es preferible que me dejes en paz, Jess.

—Te sugerí que continuaras tu viaje a Tucson.

—Sí, pero yo decidí quedarme.

—Todavía estás a tiempo de cambiar de opinión.

—No hay cambio.

—Tú eres el que no sabe lo que le conviene, Watson. Si yo estuviese en tu pellejo, me largaría de aquí hoy mismo. Ahora.

—No aceptaré ninguno de tus consejos, Jess, y eso lo debes tener en cuenta para lo sucesivo.

Hubo un silencio y Jess seguía con la mirada fija en el rostro del joven.

—Bien, Watson; lo he intentado por las buenas. Te sacaré de Paradise Valley, aunque haya de convertirte en pulpa.

—No lo intentes, Jess.

Madigan cerró el puño derecho y lo hizo chocar contra la palma de la otra mano.

—Anda, Watson. Vete a la casa y prepara tu viaje.

—No.

—Cuando haya terminado contigo, quiero oírte otra respuesta. Se abalanzó sobre Jim lanzándole el puño contra la cara.

Jim esperaba el ataque y saltó a un lado. Jess falló el golpe y tropezó contra una piedra, derrumbándose en el suelo.

Se revolvió como una centella, los ojos llenos de furia y se enderezó apretando los dientes.

—No huyas, Watson.

—Nunca he dado la espalda a un enemigo, Jess, pero antes de iniciar esto podías pensarlo un poco mejor.

Por toda respuesta, Jess se abalanzó de nuevo sobre él. Ahora tuvo en cuenta que su enemigo había quedado junto a la piedra y que no podría saltar por ese lado.

Logró conectarle los nudillos en el pómulo y Jim giró como una peonza y se derrumbó en la orilla del río.

Jess fue hacia él con una sonrisa de victoria en los labios. Le disparó un puntapié al cuerpo, pero Jim anduvo muy rápido en atraparle el tobillo y tiró de él con fuerza.

Jess cayó de bruces en el agua mojándose de la cabeza a los pies. Cuando se levantó soltando maldiciones, Jim ya lo esperaba enderezado.

Los dos rivales intercambiaron una serie de golpes, los pies asentados en la tierra, sin que ninguno de ellos retrocediera un palmo.

De pronto, Jess levantó el puño y logró alcanzar en el mentón de Jim, quien midió el suelo con sus huesos.

Otra vez se incorporó resbalándole un hilillo de sangre por la comisura de la boca. Logró incrustar su puño en el hígado de Jess, que empezó a doblarse y entonces Madigan proyectó hacia arriba su rodilla.

Saratoga cayó en tierra dando una vuelta de campana y Madigan fue detrás de él para rematarlo, pero se encontró con que el propio Jim le descargó un puño en las narices.

De nuevo se enfrentaron escupiendo sudor y sangre.

Jim abrió una grieta en la mejilla de Jess al alcanzarle con un golpe de izquierda, recibiendo a cambio un puñetazo en la oreja.

Ahora los dos contendientes estaban cansados y sus movimientos eran más lentos, pero cada uno de ellos ponía en cada golpe todas las energías que le restaban.

—¡Estense quietos los dos! —Oyeron gritar de pronto a Sheyla. Pero ambos continuaron la pelea, ahora con más fiereza.

—¡Son como dos salvajes! —chilló Sheyla—. ¡Se van a matar…! ¡Les ordeno que se estén quietos! ¿Es que no se dan cuenta? Los necesito a los dos.

Jim golpeó el estómago de Madigan y cuando éste se doblaba con la boca abierta tratando de tragar aire, el joven lo fulminó con un trallazo a la mandíbula.

Madigan salió despedido hacia el río, pero por suerte para él, el tacón de su bota se enganchó en una piedra y se derrumbó cerca del agua y allá quedó con los brazos y piernas en cruz, los ojos cerrados.

Jim, a punto también de caer, miró a su rival, que había quedado fuera de combate. Oyó a su espalda otra vez la voz de Sheyla.

—Debe sentirse orgulloso, ¿verdad, Watson?

Éste se volvió hacia ella, pasándose la mano por la cara, respirando entre jadeos.

—¿Por qué no evitó la pelea? Se las da de persona sensata y ha resultado que se pone a la altura de cualquier rufián.

Jim la miró un rato en silencio y luego echó a andar hacia la casa.

CAPÍTULO V

Jim se dirigió a la parte trasera donde estaba el pozo. Sacó agua con el cubo y la volcó en una jofaina. El agua se tiñó de color rojo al lavar los cortes que se había producido durante la pelea.

De repente, oyó la voz de Mary.

—¿Te has herido, Dan?

El joven miró a la chiquilla y le sonrió.

—No tiene importancia.

—Mamá te curará.

—Puedo hacerlo yo mismo, Mary —le alborotó el cabello—. No te preocupes y anda a jugar.

Luego Jim fue al establo donde estaban las cabalgaduras que había empleado en el arado de la tierra. Las dejó sueltas y los animales acudieron al heno.

De pronto, Tim entró corriendo en el cobertizo.

—Mamá ha traído a casa a Jess, ¿sabes, Dan? Tenía que apoyarse en ella para poder andar —el niño se interrumpió viendo las heridas que Jim exhibía en su cara—. ¡Habéis peleado!

—Sí, Tim.

—¿Por qué?

Jim permaneció un rato indeciso y finalmente dijo:

—Por cosas del trabajo.

—A mamá no le habrá gustado.

—No, creo que no. Anda y ve a jugar con tu hermana.

—Te estábamos esperando para que nos contases lo que le pasó a Jesse James cuando aquel *sheriff* descubrió que Jesse estaba en la ciudad.

—Os lo contaré mañana.

En el rostro de Tim se reflejó una gran decepción, pero dio

media vuelta y salió del establo andando muy lentamente.

Jim dejó correr unos minutos y luego también salió fuera. Se apoyó en el brocal del pozo y lió un cigarrillo.

De pronto vio venir a Sheyla, que se dispuso a sacar un cubo de agua.

—Deje, yo lo haré —murmuró Jim.

—Lo puedo hacer yo, gracias.

Jim no quiso insistir porque la vio muy seria.

La joven tiró de la cuerda y él la observó y se dijo que Sheyla Norse poseía una figura maravillosa y que era natural que Jess Madigan hubiese perdido la cabeza por ella.

¿No sería que él la estaba perdiendo también? Quiso apartar tal idea de su mente, pero sus ojos seguían fijos en el cuerpo armonioso de Sheyla y de pronto ella lo descubrió observándola y él tuvo que bajar la mirada al suelo. Luego, Jim la vio marchar un poco envarada, hacia la casa. Y otra vez quedó solo.

Al cabo de un rato, Sheyla volvió a salir y llamó a los niños, quienes se despidieron de Jim desde la puerta.

Jim correspondió al saludo con la mano y cuando la madre y los dos hijos desaparecieron en la casa, él echó a andar hacia el lugar en que se encontró con Jess Madigan cuando llegó del desierto. Se sentó en el montículo y fue observando cómo aparecían las estrellas en el firmamento.

—Dan —dijo una voz. Era Sheyla.

Se levantó, frotándose las palmas de las manos en el pantalón.

—Diga, Sheyla.

La joven se mojó los labios y eludió el mirarlo a la cara.

—No puede repetirse lo de hoy, Dan —murmuró.

—Lo comprendo, Sheyla. No se preocupe. Me marcharé esta misma noche.

Ella lo miró entonces con los ojos muy abiertos.

—No, Dan —exclamó.

Al oír aquel tono en su voz, Jim sintió un extraño cosquilleo en la espina dorsal.

—Sería mejor para todos.

—¿Es que va a seguir peleando con Jess si se queda?

—No, Sheyla, no quiero pelear con nadie; pero tampoco me puedo estar quieto si me provocan.

—He hablado con Jess y me ha prometido que lo olvidará.

—¿Eso le ha dicho él?

—Sí, Dan. Y por ello quiero que también usted me lo prometa.

Jim titubeó unos instantes. Sabía que Jess no había dado su palabra de corazón. Estaba dispuesto a apostar que Madigan buscaría la revancha y que a partir de ahora solo soñaría con humillarle ante Sheyla, pero ¿cómo iba a dejar a la mujer y a los niños con aquel tipo?

—Está bien, Sheyla. Le prometo que no buscaré pelea con Jess mientras él me deje en paz.

—Así me gusta, Dan —repuso ella, y alargando la mano la apoyó en la de él.

Jim tuvo la impresión de que su piel entraba en contacto con una brasa. Miró los ojos grandes de Sheyla y ahora se dio cuenta de que aquella mujer se le estaba metiendo en la sangre y hasta llegó a admitir que si él aceptó la oferta de quedarse en Paradise Valley fue única y exclusivamente por Sheyla.

—La vida en este lugar es dura de por sí —la oyó decir—. Y todos hemos de procurar no hacerla más amarga.

—Sí, tiene razón, Sheyla.

La joven sonrió suavemente y Jim juró que él no había visto una sonrisa como aquélla en otros labios de mujer.

—Ande, Dan, volvamos a la casa.

Caminaron juntos y ahora vio cómo la cabellera azabache de ella flotaba al viento y observó el perfil y los rojos labios entreabiertos.

Sheyla también le miró y dijo:

—Estoy segura de que este lugar será realmente algún día un paraíso.

—Lo será.

Al entrar en la casa, Jim vio a Jess que estaba sentado ante la mesa. Su cara ofrecía un aspecto lamentable, ya que tenía un ojo hinchado, el labio inferior partido y un pequeño corte en el pómulo.

Hubo un largo silencio, hasta que Sheyla habló:

—Todo ha quedado zanjado, Jess. Hablé con Watson y él también lo olvidará.

—Claro que sí —dijo Jess mirando fijamente al joven—. Watson es un buen chico.

Sheyla tragó saliva, mirando alternativamente a los dos hombres.

—Quiero que os deis la mano.

Jim dio un paso hacia la mesa con la diestra tendida y Jess permaneció quieto unos segundos hasta que finalmente también alargó la suya. Cambiaron un apretón observándose y Jim se percató de que había estado en lo cierto al pensar que Jess no lo perdonaría nunca.

—Así me gusta —dijo Sheyla—. Os traeré la cena. Fue a la cocina dejando a los dos hombres solos.

Jess se echó en el respaldo de la silla, mientras Jim se sentaba.

—Bien, muchacho —dijo Jess—; ahora que somos amigos, me gustaría saber más de ti.

—Hay muy poco que contar.

—No creo que tu vida haya sido vulgar.

—¿Por qué no, Jess?

—Conozco a las personas —en ese instante entró Sheyla llevando unos platos de tocino frito que dejó en la mesa—. ¿No lo crees, Sheyla? Estaba diciendo a Dan Watson que debe haber tenido una vida interesante. ¿Te contó él algo de lo que hizo antes de llegar aquí?

—No, no me dijo nada.

Jim sintió sobre sí la mirada de ella.

—Soy de Tennessee y me crié en una granja con mis padres. Cuando ellos murieron yo tenía catorce años y los acreedores se lo llevaron todo. Entonces me dediqué a correr mundo.

Era sólo una mentira a medias. No había conocido a sus padres, porque ellos murieron en un incendio cuando él tenía solamente dos años. Fue recogido en una institución de caridad hasta que fue sacado de allí por un matrimonio alcoholizado. Sus padres adoptivos no necesitaban un hijo, sino un criado, y lo eligieron a él para eso. Luego, a los catorce años, y ésa era la única coincidencia de la historia contada, huyó de la casa y fue de un sitio a otro. Un tahúr le enseñó a jugar a los naipes, un pistolero a desenfundar con facilidad el revólver y hubo otras muchas personas que, sin proponérselo, también le enseñaron otras cosas y él las fue aprendiendo todas, archivándolas en su mente. Ése era él, Jim Saratoga, un desarraigado, alguien que debía su nombre a aquella

institución de caridad, porque quienes lo acogieron ignoraban siquiera el apellido de sus padres.

—Ya le advertí a Jess que era una vida vulgar… —concluyó—, que en lo mío no había nada que fuese interesante.

La joven dio media vuelta y se fue otra vez a la cocina. Jess soltó una risita.

—Yo no te creo, Watson.

—No me importa que lo creas o no.

No dijeron nada más y luego regresó Sheyla y los tres se pusieron a comer. Después del café, Jim se levantó, diciendo:

—Voy a fumar un cigarrillo fuera. No tengo sueño esta noche.

Lió el cigarrillo y después de encenderlo se dirigió a la catarata. La luna era llena e iluminaba un gran trecho del valle.

De pronto oyó pasos a su espalda y al volverse vio llegar a Jess.

—¿Tienes lumbre, Dan?

—Sí.

Alargó el cigarrillo y Jess lo tomó, aplicando la punta encendida al extremo del suyo. Mientras daba una chupada alzó los ojos observando la cara del joven. Finalmente devolvió el cigarrillo y dijo:

—Naturalmente, tú no te habrás creído que voy a ser amigo tuyo.

—No, Jess. No lo he creído.

—Eres un tipo muy desconfiado, Watson… —Se quedó muy serio—. Pero esta vez tienes razón.

Jim hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—He llegado a la conclusión de que no es necesario que tú y yo intimemos para que las cosas marchen bien en Paradise Valley. Bastará con que nos limitemos a hacer nuestro trabajo.

—Es un buen plan para ti, Watson.

—También lo debes considerar aceptable. Madigan dio unos pasos hacia la orilla.

—Yo tengo una condición especial, Watson. Adivino las intenciones de los demás.

—Enhorabuena.

—Conozco las tuyas.

—¿Sí? ¿Cuáles son?

—Le has echado el ojo a Paradise Valley, te gusta el lugar y

sabes que un hombre puede hacerse rico cultivando estas tierras. Van a alargar el ferrocarril de Phoenix a Tucson.

—Lo ignoraba. Madigan rió otra vez.

—Te dije que no me ibas a engañar a mí. Tú estabas al corriente de lo del ferrocarril y, naturalmente, de que va a pasar a menos de seis millas de este valle y que con el tiempo será fácil conseguir que hagan un apeadero.

—Te agradezco la información. Me estaba preguntando por qué roturabas más tierras si con la que había en cultivo resultaban suficientes para que la familia Norse pudiese vivir.

—Hay más de doscientos acres aprovechables y si construyese una presa se sumarían otros quinientos.

—Sí, Jess. Sheyla y sus hijos tienen ante sí un buen porvenir.

—¿Y quién más?

—Sheyla merece un buen premio por haberse atrevido a quedarse en este lugar.

—¿Sheyla y quién más? —repitió Jess.

—Contesta tú a esa pregunta, Madigan.

—Muy bien, yo responderé… Tú has pensado en casarte con ella… En ser el dueño de todo esto. Sheyla es una hermosa mujer y sólo tiene veinticuatro años.

—Opino lo mismo que tú, Jess. Ella es muy hermosa.

—Y te gusta.

—Muy bien, Jess. Me gusta.

—Tú no la tendrás nunca, Dan.

—No me he hecho esa ilusión.

—Mientes. Eres un bastardo embustero.

—Cierra la boca, Jess. Ciérrala o te juro que acabo lo que empecé esta tarde.

—No, Dan. No te voy a dar oportunidad a que salgas victorioso de una nueva pelea… Estoy un poco débil… Confieso que me equivoqué con respecto a ti y a tu fuerza. Sabes luchar. Y yo no quiero correr ningún riesgo inútil. Cuando vuelva a jugar mi naipe lo haré convencido de que es el más alto de los triunfos.

—Ten cuidado, no vaya a ser que te falle.

—Te estoy advirtiendo por última vez, Dan. Márchate.

—Podías haberte ahorrado este diálogo.

Se hizo un largo silencio y Jess dijo con los ojos cargados de

odio:

—Te mataré, Watson.

—Pierdes el tiempo inútilmente con tus amenazas.

—Dan, te voy a matar. Pero no te diré cuándo porque ni yo mismo lo sé, pero será bueno eso de que tú también lo ignores… Tu vida aquí se va a convertir en una pesadilla pensando en qué momento me decidiré a dar el golpe.

Jim sintió deseos de machacarlo otra vez, pero ¿qué iba a adelantar con ello? No le convencería con puñetazos.

—Escucha, Madigan —habló con voz roca—, te voy a decir todo lo que pienso acerca de esto. Admito que ella me gusta lo mismo que a ti, pero creo que tú y yo estamos muy lejos de ella. Esa mujer nos mira auténticamente como a dos empleados suyos. Ella quería a su marido, ¿lo entiendes? Sólo a él, y apenas hace cinco meses que murió… Es el padre de sus hijos. Estoy convencido de que por su cerebro no ha cruzado siquiera la idea de substituirlo por otro hombre.

De pronto, Jess se echó a reír. Primero lo hizo suavemente, luego cada vez más fuerte, hasta que las lágrimas brotaron de sus ojos.

—¿Qué te pasa, Jess?

—Es muy gracioso todo eso que estás diciendo.

—¿Por qué te resulta gracioso?

—Sheyla no quería a su marido. Jim sintió un estremecimiento.

—¿Te lo dijo ella?

—No, pero yo llevaba algún tiempo trabajando con ellos. Es posible que Sheyla lo quisiera cuando se casaron, pero luego las cosas fueron cambiando… Tim Norse era un bruto… ¿A quién, si no a un bruto, se le hubiese ocurrido quedarse aquí cuando no había nada, sólo el desierto, el valle y el agua? Para Tim era más importante uno de sus caballos que su mujer. Sí, muchacho. ¡Tim Norse era como estas rocas que nos rodean!

Echó a andar riendo, alejándose de Jim en dirección a la casa.

Y de pronto se detuvo a unas diez yardas y se volvió señalando a Jim con el dedo índice. Ya había dejado de reír.

—Recuérdalo, Watson. ¡Te mataré!

CAPÍTULO VI

Sheyla Norse montó en el caballo y lo echó a trotar hacia la parte de Paradise Valley que Jess Madigan había roturado durante la última semana.

Todavía no había salido el sol y ella, al despertarse y no oír ningún ruido en la casa, pensó que éste era un buen momento para satisfacer su curiosidad. Antes no había tenido oportunidad porque Madigan trabajaba allí de día, y cuando anochecía, la joven tenía que acostar a los niños y preparar la cena a los hombres.

Girones de niebla se extendían sobre el valle, casi a ras de la tierra, y ahora la luz la obligaba a ascender sobre el cielo y esfumarse.

Cruzó el río y luego siguió su marcha.

Finalmente llegó a su destino y se irguió en la silla. Hubo de reconocer que Madigan había hecho un gran trabajo, ya que el hombre encontró en su camino algunos trozos de terreno pedregoso, señal inequívoca de la proximidad del desierto, y Madigan había tenido que ahondar en la tierra para arrancar algunos grandes monolitos que fue arrastrando fuera del campo con la ayuda de las caballerías.

Sheyla pensó que aquel campo rendiría su fruto. Madigan y Watson construirían las acequias que regarían la tierra. Día a día, Paradise Valley se hacía mayor y muy pronto sería auténticamente un emporio de riqueza. Y al pensar en ello, sus labios sonreían y se decía que había hecho bien en permanecer allí a la muerte de su marido.

Puso pie a tierra y echó a andar hacia un pequeño montículo que había a la izquierda. Subió a lo alto y desde allí extendió la mirada en todas direcciones y vio el desierto que rodeaba el valle y

por unos instantes inflamó el pecho de orgullo, porque ella estaba allí, en aquel islote, y había desafiado a todos, a los elementos, al sol abrasador, y era la vencedora…

—Es bonito, ¿verdad, Sheyla? —dijo una voz a sus espaldas. Se volvió sobresaltada y vio a Jess Madigan allá abajo.

El hombre sonreía mordisqueando una brizna de hierba.

—No bajes, Sheyla —dijo, porque ella fue a moverse—. Estás muy hermosa ahí, recortada sobre el cielo.

Pero Sheyla sólo permaneció arriba un segundo y luego empezó a descender, diciendo:

—He de volver a la casa. Los niños deben estar ya despiertos.

Pasó por el lado de él con la mirada fija en el suelo y de pronto Madigan alargó la mano y la tomó por la muñeca.

—Espera, Sheyla.

La hizo girar suavemente y ella volvió la cabeza mirándole a los ojos.

—¿Qué quieres, Jess?

—Hablar contigo.

Sheyla sintió un escalofrío por la espalda. Recordó las palabras de Watson: «Jess no se estará quieto siempre».

Jess extendió la mano en su torno.

—¿Te has fijado en todo esto, Sheyla?

—Sí, Jess. A eso vine, a verlo. Lo has hecho muy bien.

—Todavía no he terminado. Seguiré roturando hacia el Sur.

—¿Por qué, Jess? Ya tenemos bastante. No podemos cultivar más tierra. Dos hombres sois muy pocos para tanto trabajo.

—Cuando hagan falta más brazos, se traerán.

Sheyla levantó la barbilla porque ahora, por primera vez, Jess hablaba como si él fuese el dueño de Paradise Valley.

—No me gustaría que hubiese más gente aquí, Jess. Por ahora continuaremos los que somos.

—¿Por qué no sacar el máximo rendimiento del valle? Podemos llegar hasta el límite del desierto.

—Quiero mantenerme alejada del infierno.

—El infierno está al Norte, al Este, se extiende en todas direcciones. Pero nosotros le robaremos tierra…

Sheyla observó en los ojos de Madigan un brillo extraño.

—Lo pensaré, Jess, y ya te anunciaré mi decisión.

—Sería mejor que lo pensáramos los dos. Hizo una pausa. Sheyla lamentó haber ido allí.

—Sheyla —dijo Jess y escupió la brizna de hierba—, tú necesitas a un hombre. La joven sintió un nuevo estremecimiento.

—Pensé que dos sería mejor para el valle.

—¿No me has entendido o no me quieres entender? No me refería ahora al valle, sino a ti.

—Por favor, Jess. Sólo hace cinco meses que murió mi marido.

—Tu marido —repitió él con sorna—. ¿Crees que no lo sé…?

—¿Qué es lo que sabes?

—Tú no querías a Tim.

Ella se volvió bruscamente y empezó a andar, pero Madigan avanzó rápido y la hizo volver dándole un tirón del brazo.

—¿Por qué no quieres hablar de eso, Sheyla?

—Eso es asunto mío.

—No, te equivocas. Ya no es sólo asunto tuyo… Es mío también.

—Soy yo ahora quien no te entiende, Jess.

—Te estaba diciendo que tú no querías a tu marido. Habías dejado de quererlo hacía mucho tiempo. Él sólo era un animal.

—¡Te prohíbo que…!

—Tú no me puedes prohibir que diga la verdad —la interrumpió él—. Sólo admirabas a Tim porque era un hombre fuerte, un tipo a quien se le metió entre ceja y ceja convertir esta tierra en algo que valiese la pena; pero ¿qué es lo que hacía él por ti? Sólo te hablaba para protestar, para decir que la comida estaba caliente, fría, sin sal… La había tomado contigo.

—Tim estaba nervioso y yo le perdonaba. Quería trabajar por tres, por cuatro hombres, y cuando regresaba a casa siempre estaba cansado… No tenía humor para nada.

—¿Por qué lo defiendes? Ya está muerto. La joven levantó la barbilla.

—Era mi esposo, Jess. ¿Cuántas veces quieres que te lo repita?

—Muy bien, era tu esposo; pero ya está muerto. Y a pesar de tus palabras, todavía no me has dicho que estoy equivocado respecto a que lo querías.

—Acabemos de una vez con esta conversación, Jess. Aunque sólo sea en eso, voy a estar de acuerdo contigo. No lo quería.

—Magnífico. Ahora las cosas están un poco más claras.

—Suéltame, Jess. Quiero regresar a la casa.

Pero él no la soltó y se le quedó mirando a los ojos.

—Estoy soñando contigo despierto, Sheyla.

—Párate, Jess. No lo digas.

—Estaba loco ya por ti mucho antes de que Tim se fuese al otro mundo.

—Ya basta, Jess.

—Empecé a odiar a Tim… Y lo odié no sólo porque me trataba igual que a uno de sus animales, sino porque te tenía a ti. Él lo poseía todo y yo nada. ¿Te das cuenta, Sheyla? Lo odié con todas mis fuerzas… Cada día me sentía más unido a ti y yo sólo hacía que pensar y pensar…

—Ya me lo contarás en otro momento, Jess. Te digo que ahora he de ir a la casa. Los niños ya deben estar correteando por allí.

—He dejado transcurrir un poco de tiempo desde que murió Tim. No te lo quise decir el primer día ni el segundo y ya han pasado cinco meses… No debe ser nuevo para ti, porque tú has debido darte cuenta… Tú sabes que yo te quiero.

Sheyla sintió una fuerte opresión en el pecho.

Ella se dijo que tal como estaban las cosas, al punto que había llegado Jess, no tenía más remedio que enfrentarse con la situación y sólo lo podía hacer en una forma.

—Jess —murmuró.

—Te escucho, nena.

—Es mejor que a partir de ahora te olvides de todo eso.

—¿De qué?

—Yo no te quiero. Jamás seré tu esposa.

Se produjo un largo silencio entre ellos. Jess seguía con la mirada fija en la cara de ella.

—No estás hablando en serio, Sheyla.

—Sí.

—Durante estos cinco meses, desde que murió Tim, tú y yo hemos hablado mucho.

—A parte de los chiquillos, sólo estabas tú, y era lógico que hablásemos. Trabajaste mucho desde que Tim murió y yo quería darte ánimos, pero debes recordar que nuestra conversación era siempre intrascendente. Jamás, en ningún momento, me referí a algo que pudieses interpretar de forma equivocada.

Jess hizo una mueca.

—Ya entiendo… Es ese joven… Dan Watson…

—¿De qué hablas, Jess?

—Ha sido ese maldito tipejo. Te has enamorado de él.

—No, Jess.

—Claro que sí. Os he sorprendido una y otra vez mirándoos.

—Lo he mirado a él tanto como a ti.

—Es posible. Tú eres una mujer muy equitativa para distribuir tus miradas, pero en tus ojos noté algo raro cuando era a él a quien las destinabas.

—Sólo son suposiciones tuyas.

—Debí rematarlo cuando cayó del caballo aquel día en que se presentó en el valle. Pero todavía no es demasiado tarde.

—No sabes lo que dices, Jess.

—Sí, Sheyla, lo sé. Tú no tendrás nunca a ese hombre. No consentiré que ocupe mi lugar. Yo seré quien se case contigo y los dos juntos seremos los dueños de Paradise Valley.

—Si piensas que algún día yo puedo llegar a ser tu mujer, sería preferible que te marcharas.

Los ojos de Madigan se entrecerraron hasta convertirse en dos grietas.

—¿Llegarías a eso, Sheyla? ¿A echarme?

—Lo haría sin vacilar.

Madigan dobló la cabeza soltando una fuerte risotada, pero de pronto se interrumpió y ahora sus ojos se abrieron mucho.

—Yo te enseñaré quién es el dueño. Yo también soy un hombre fuerte, Sheyla, tanto como Tim. Y tendrás que obedecerme, te guste o no.

—Suéltame, Jess.

—No, Sheyla. Muchas veces me he enfrentado con potros salvajes y a todos ellos los domé y con algunos de ellos sostuve una fuerte lucha, pero siempre fui el vencedor. Es lo que haré contigo; te voy a domar.

—Hablas como un bruto, Jess. Déjame.

—Sólo lo haré cuando te haya domado, cuando te hayas convertido en una mujer dócil.

Ella dio otro tirón para soltarse, pero ahora Jess la aferraba con mucha fuerza.

Madigan se le echó encima, abarcándola por la cintura con el otro brazo, y rió mientras acercaba sus labios a los de ella para besarla.

Sheyla le propinó un empellón en el pecho, pero como él ya había conseguido abrazarla, perdió el equilibrio y entonces ambos se vinieron abajo rodando por la ladera.

Sheyla clavó su rodilla en el estómago de él y Madigan tuvo que soltarla lanzando una maldición.

Sheyla se puso en pie para echar a correr, pero la mano de Jess la aferró por el tobillo arrojándola otra vez al suelo.

Madigan se echó encima de la joven y ella lanzó otro grito.

Y de pronto, Madigan sintió sobre su hombro una mano que lo levantó irresistiblemente. Empezó a volverse y en eso un puño golpeó contra su cara.

Sonó un chasquido y Madigan se derrumbó en tierra.

Sheyla se volvió sollozando y vio allá en pie, con las piernas abiertas en compás y los puños cerrados, al joven que ella conocía con el nombre de Dan Watson.

CAPÍTULO VII

Jim miró a Madigan y lo vio inmóvil, privado del conocimiento. Entonces echó a andar hacia Sheyla y se agachó sobre ella ayudándola a levantarse.

La joven le volvió la espalda y sacando un pañuelo del bolsillo se limpió el rostro. Luego, silenciosamente, echó a andar y Jim fue tras ella.

—¿Se han despertado los niños ya? —preguntó.

—No.

Continuaron andando en silencio hasta llegar al lado de la casa, y entonces la joven dio media vuelta y se enfrentó con él.

—Usted tenía razón.

—¿A quién quiere engañar, Sheyla? Usted también sabía que esto tenía que ocurrir un día u otro.

—Sí, Dan. Es posible, pero no quería pensar en ello.

—Eso es lo malo. Queremos eludir los problemas tratando de olvidarnos de ellos, pero el problema ahí queda, sin ninguna solución. ¿Qué va a hacer ahora?

—Le pediré a Jess que se marche. Jim se masajeó el mentón.

—Eso va a resultar un poco difícil. Jess no querrá irse por las buenas.

—Yo lo convenceré.

—Sinceramente, le deseo éxito en su gestión. Sheyla fue a dirigirse hacia la puerta, pero él le dijo:

—Será mejor que se lave la cara. La tiene manchada.

Ella hizo un gesto afirmativo y desapareció hacia la parte trasera.

Jim se sentó en uno de los troncos que habían sido llevados allí para hacer leña. Sacó la bolsa de tabaco y se puso a liar

parsimoniosamente un cigarrillo.

Estaba exhalando la primera bocanada de humo cuando oyó la voz de Jess Madigan tras de sí:

—Voy a cumplir mi palabra, Watson.

Jim se volvió corriendo la mano a la funda donde gravitaba el revólver, pero permaneció quieto cuando vio a Madigan apuntándole con el «Colt».

—Anda, Watson, ¿qué te pasa? Saca el arma.

—Me cobraste mucha ventaja.

—Da lo mismo. De todas formas te voy a meter dos plomos en el pecho.

—Sería un asesinato.

—¿Y quién lo va a saber?

Jim se dio cuenta de que Madigan estaba hablando en serio. Le vio la cara llena de tierra, los ojos desencajados y la boca torcida. Ahora Madigan se había convertido en una fiera.

—Serénate un poco, Jess —dijo.

—Estoy la mar de sereno. Vamos, desenfunda de una vez.

Pero lo que hizo Jim fue apartar la mano del revólver dejándola descansar en el tronco. Luego, con la zurda, se quitó el cigarrillo que tenía en la comisura de los labios.

Madigan rió.

—¿Crees que eso te va a servir de algo?

—Quizá no.

—Te voy a matar de todas formas.

—¿Crees que por eso ella te va a querer, Jess?

—Sí, Watson. Ella me va a querer. Está aquí sola y no puede prescindir de los dos al mismo tiempo. Si te mato, sólo quedaré yo, y ella me necesita.

—Tus cálculos no resultan.

—Lo dices tú.

—Ella no te querrá nunca. No es de esa clase de mujeres. No es débil, Jess. Será capaz de cualquier cosa antes de unirse a un hombre que no ama.

Jim quería entretenerlo, a la espera que se le presentase alguna ocasión favorable. Madigan picó el anzuelo.

—También estaba unida a un hombre al que no quería.

—Eso fue distinto, Jess. Estoy seguro de que ella amaba a Tim

Norse cuando se casó con él. Fue después, en el transcurso del tiempo, cuando el propio Norse se desentendió de ella. Y entonces Sheyla dejó de quererle.

Madigan sonrió otra vez.

—Yo no me desentenderé nunca de ella. Contrataré a media docena de hombres y serán ellos quienes suden mientras yo los dirijo. Sheyla y yo seremos los dueños y tendremos mucho tiempo para estar juntos… ¿Está todo claro, Watson?

—Sólo falta un detalle.

—¿Cuál?

—Conocer la respuesta de Sheyla.

—¡Al diablo con lo que ella pueda contestar! Me importa un rábano. Seré su marido pese a todo… Y tú no vivirás para impedirlo.

Jim se dijo que era ahora cuando debía intentarlo. Ya había terminado el diálogo y Madigan no lo prolongaría un minuto más. Estaba levantando el revólver listo para disparar.

De repente, les llegó la voz de Sheyla.

—¡No lo mates, Jess!

Madigan se quedó como paralizado, pero no miró en la dirección que Jim hubiese querido, hacia la esquina de la casa donde había aparecido Sheyla.

—Métete en la casa, Sheyla —dijo Madigan.

—Tú no vas a matar a nadie, Jess.

—Soy yo quien tiene el dedo en el gatillo y voy a disparar.

—No sabes lo que haces, Jess.

—¡Vete!

—Te daré todo el dinero que tengo en la casa.

—¿A cambio de qué, Sheyla? —preguntó Madigan, siempre con los ojos fijos en la figura de Jim.

—Quiero que te vayas.

Madigan forzó ahora una carcajada.

—¿Lo has oído, Watson? Quiere comprar tu vida… Sheyla está por ti.

—¡No estoy por nadie! —gritó la joven—. Sólo quiero evitar que te conviertas en un criminal, Jess.

—Cuentos. El muchacho te ha sorbido el seso… Y yo lo voy a liquidar.

—Escúchame, Jess —dijo Sheyla—; puedes marcharte a Tucson. Tengo en casa ciento veinticinco dólares. Te los daré todos.

—¿Qué voy a hacer yo con ciento veinticinco dólares?

—Te marchas a Tucson y allí esperas.

—¿A qué?

—En otoño iré a Tucson a vender una gran parte de la cosecha. Y allí te daré el dinero que recoja a excepción de una pequeña cantidad que he de reservarme para comprar lo más imprescindible.

Madigan arrugó el entrecejo.

—¿Serías capaz de hacer eso por él, Sheyla? ¿Serías capaz de renunciar a ese dinero por salvarle a él la vida?

—Te repito que haría lo mismo por otro cualquiera.

Madigan respiró entrecortadamente, porque las palabras de Sheyla sólo habían hecho que aumentara la ira que le corroía el pecho.

—Queréis apartarme de vuestro lado, ahora lo veo claro…

—No, Jess, te equivocas…

—Sí, es eso. Os habéis confabulado contra mí. ¿Cuándo pensasteis hacerlo? Decidisteis quitarme del medio… Naturalmente, quizá se le ocurrió a él. Watson pensó que yo me contentaría con una buena bolsa de dinero… Los dos estabais de acuerdo y lo único que he hecho esta mañana ha sido precipitar los acontecimientos.

Sheyla apretó las sienes con la diestra.

—No, Jess. No existe nada de lo que tú crees… Para mí, Dan Watson es otro hombre como tú… Siento por los dos el mismo afecto… Puedo asegurártelo, Jess.

—Te tiembla la voz, Sheyla, y yo aprendí hace mucho tiempo que cuando a una persona le ocurre eso, es porque ella misma se da cuenta de que está mintiendo, de que sus palabras son falsas… Me has hecho traición, Sheyla.

—¿Cómo pude haberte hecho traición si no te prometí nada? ¡Oh, Jess, acaba de una vez con esta pesadilla!

—Sí, Sheyla. Voy a acabar ya.

—¡Enfunda ese revólver!

Madigan apretó los labios con fuerza. No. Él sólo enfundaría el revólver cuando hubiese dado muerte al hombre que odiaba.

De pronto, Jim se dejó caer desde el tronco dando una vuelta sobre sí mismo. Sintió el disparo que le dirigía Madigan y la bala

chocó contra el tronco. Luego, Jim, desde el suelo, hizo fuego con el revólver que durante su caída había desenfundado. La bala chocó contra el arma de Madigan, arrancándosela de la mano.

Sheyla lanzó un grito de horror.

Madigan se contempló la mano donde no había un solo rasguño.

De pronto, los tres personajes de aquella escena oyeron una voz procedente de la derecha.

—Todo el mundo quieto, incluso ese muchacho que maneja tan bien el «Colt».

Jim no obedeció y empezó a volverse, pero en eso sonó un estampido y la bala aulló yendo a enterrarse a escasas pulgadas de su bota.

—¡Tire el arma! —ordenó la misma voz de antes.

Jim titubeó unos instantes, pero por último abrió la mano y el «Colt» cayó al suelo. Entonces empezó a levantarse al tiempo que hacía girar la cabeza. Allá enfrente vio a tres hombres de aspecto astroso, barbas crecidas y sucias. Y cada uno de ellos empuñaba un revólver.

Capítulo VIII

El tipo que estaba en el centro era alto, huesudo y de nariz torcida. El de la izquierda, rechoncho, de cabeza grande y brazos cortos, cara muy ancha y nariz aplastada. El tercer hombre era de estatura regular, muy rubio y tenía las cejas casi blancas. La piel de los tres estaba tostada por el sol.

Los ojos del rubio recorrían una y otra vez la figura grácil de Sheyla y ahora sus labios sonrieron.

—¿Visteis qué potranca, chicos?

El rechoncho escupió un salivazo al suelo.

—No me gustan de tanta alzada.

—Tú no sabes reconocer la clase, Edgar. El llamado Edgar hizo una mueca.

—Te crees un entendido en mujeres, Roy, pero hasta ahora yo siempre te vi tener éxito con fulanas de *saloon*. Y sólo te hicieron caso porqué tú tenías dinero —soltó una risotada porque le hizo mucha gracia su propio chiste.

El rubio hizo un gesto agrio.

—Un día de éstos te voy a meter un pildorazo en la barriga, Edgar. Y eso indicará que no me hacen gracia ninguna tus bromas.

—Silencio —ordenó el tipo que hasta entonces no había hablado —. Siento asco cuándo os oigo disputar.

—Tú lo escuchaste, Patrick —dijo Roy—. ¿Por qué no ha de estarse quieto? ¿Por qué ha de buscarme siempre las cosquillas?

Patrick señaló la casa con el revólver.

—Anda, Edgar, vete con la muchacha y que ella te indique dónde están las armas. Requísalas para que los chicos no sientan ninguna tentación.

Roy dio un paso hacia Sheyla.

—Deja, Patrick. Lo haré yo.

—He dicho Edgar —repitió Patrick.

El rubio se detuvo como si hubiese encontrado en su camino un obstáculo y miró al alto.

—Está bien, Patrick —dijo tras un titubeo. Edgar caminó hacia la casa.

—Vamos, muchacha —se detuvo de pronto—. ¿Qué hago con los cuchillos, Patrick?

—Déjale uno para que pueda servirse de él en la cocina. Los demás acompañarán a los revólveres y a los rifles.

Edgar hizo un gesto afirmativo y entró en la cabaña siguiendo a la joven. Luego Patrick habló otra vez.

—Anda, Roy, levanta los revólveres del suelo y cerciórate de que los muchachos no tienen ninguna otra arma.

Roy se movió rápidamente para cumplimentar la orden.

Jim Saratoga había pensado en un principio que aquellos tres pistoleros fuesen los que dieron muerte a Tim Norse meses atrás, pero conservaba en la memoria los nombres que Sheyla le había citado. Bill Masterson, Derry y Nash. Los de ahora no era ninguno de ellos.

Fijó la mirada en Patrick.

—¿Qué es lo que quieren?

—Vamos a pasar un par de días con vosotros, muchachos, y queremos que os portéis bien.

—¿Por qué han de quedarse? Si lo que necesitan son alimentos y agua, tómenlos y lárguense.

Roy le golpeó con el cañón en el maxilar inferior.

Jim retrocedió sintiendo un agudo dolor en el cerebro, pero luego, clavando los pies en el suelo, hizo un gesto como para abalanzarse sobre el rubio. Éste levantó el revólver enseñando los colmillos en una sonrisa.

—Anda, da un paso más… Dalo y te quemo las tripas.

Jim permaneció inmóvil y Roy se echó a reír estremeciendo los hombros.

—¿Ves, Patrick? El gallito se mordió la cresta. Patrick observó atentamente a Jim Saratoga.

—Tiene la sangre quemada, es lo que le pasa, pero hemos de tener cuidado con él. Eso que hizo desarmando al otro tipo que le

apuntaba fue muy bueno.

—Apuesto a que lo hizo por casualidad —objetó Roy.

—Todo lo que los demás hacen bien, es para ti casualidad. ¿Cuándo vas a cambiar, Roy?

—Muy bien. Voy a admitir que el muchacho tiene mucha puntería. ¿Qué pasa con eso? Ahora tendrá que conformarse con su suerte o se la gana.

—¿Es eso todo? —preguntó Patrick.

—Sí, jefe.

—¿Te aseguraste bien?

—He registrado todas las habitaciones. Sólo encontré a dos niños en la cama… Hasta levanté los colchones para cerciorarme de que no había ningún escondite.

—Está bien, Edgar. Tú te encargarás de guardar la artillería y lo primero que has de hacer es descargarla por si tienes algún descuido. No dejes ninguna bala.

Edgar depositó las armas en el suelo y se puso a descargarlas.

Patrick dirigió una mirada alrededor y luego dijo:

—No me gusta repetir dos veces la misma cosa, de modo que sería preferible que ustedes se grabasen bien mis palabras. Estaremos aquí un par de días, a lo sumo tres. Queremos que todo marche bien. Permanecerán en la casa y cuando tengan que salir lo harán individualmente y acompañados por alguno de mis hombres.

—Hemos de cuidar los campos —dijo Jim.

—No les va a pasar nada a los campos porque ustedes estén tres días sin tocarlos. Una vez nos hayamos marchado, ustedes podrán recuperar el tiempo perdido. ¿Está todo claro?

—Sí —respondió Jess Madigan. Patrick se dirigió a la joven.

—Usted también debe aprenderse la lección. Parece una chica de genio. He conocido a otras de su misma clase y he aprendido a no fiarme de ellas. De modo que tendrá que conformarse. ¿Son de usted los niños?

—Sí.

—¿Quién de los dos es su marido?

—Ninguno.

—¿A quién quiere engañar? Sabemos que uno de los dos es su esposo y el otro un empleado.

Roy señaló a Jim Saratoga.

—Yo recuerdo la descripción que hizo Bill Masterson del marido y él se parece un poco.

Jim vio cómo la joven daba un paso hacia delante, los ojos fulgurantes.

—¿Ha dicho Bill Masterson? El rubio la miró sonriente.

—Sí, nena. Ése es el nombre. Ya sabemos que lo conoces. Pasó por aquí hace unos meses.

Jim observó cómo la respiración de la joven se hacía entrecortada.

—Les he dicho antes que ninguno de estos hombres era mi esposo, y ahora les diré porqué. Bill Masterson y dos compinches suyos, Nash y Derry, mataron a mi marido cuando se fueron de aquí.

Hubo una pausa y luego Roy exclamó:

—Infiernos, nena, ahora eres una viudita y yo me muero por ellas.

—¡Es usted un cerdo!

Edgar lanzó una carcajada y Roy la fulminó con la mirada.

—Deja de reír ya, Edgar.

—No lo he podido remediar. Ella me ha hecho mucha gracia.

Roy le apuntó con el revólver, pero el huesudo Patrick intervino rápidamente:

—¡No dispares, Roy!

—Te he dicho que estoy harto de sus burlas.

—Esta vez Edgar tiene razón. La chica tuvo gracia.

Roy se mordió el labio inferior con fuerza y finalmente bajó el cañón del revólver. Patrick ladeó la cabeza mirando a Sheyla.

—Usted dice que Bill Masterson mató a su marido.

—Masterson o uno de los canallas que lo acompañaban.

—Muy bien, cualquiera de ellos lo mató; pero apuesto a que fue porque su marido no cumplió las órdenes que le dieron.

—Nos robaron alimentos y hasta un caballo.

—Bueno, es posible que Bill y sus muchachos lo hiciesen, pero vale mejor conservar la vida.

—Mi esposo no era de los que se conformaban con ser saqueados.

—Peor para él… ¿Y de qué le sirvió? Ya lo ve; se encontró con una bala —se acarició la crecida barba con la mano libre—.

Créame, ustedes deben portarse bien y no habrá ninguna otra muerte.

—¿Por qué han tenido que elegir este lugar? —preguntó Jim Saratoga.

—Le daré la explicación y acabaremos de una vez con el diálogo. Estamos cansados y tenemos hambre —guardó un silencio mientras llevaba aire a sus pulmones—. Bill Masterson nos citó aquí, pero nosotros tuvimos que adelantar el viaje y nos quedaremos hasta que Bill y sus muchachos lleguen. ¿Está ahora todo claro?

Nadie dijo nada, y entonces Patrick hizo una señal con el revólver para que todos entrasen en la casa.

CAPÍTULO IX

Sheyla se encontraba a solas en la cocina, preparando la cena.

Durante el día había vivido de nuevo aquella escena que ya conoció meses antes, cuando todavía vivía su marido.

Había permanecido quieta entre Jess Madigan y Dan Watson, los tres sentados, teniendo al otro lado de la mesa a uno de aquellos hombres que, apoyando el respaldo de la silla en la pared, los amenazaba con un revólver, mientras sus compinches dormían.

Ellos se relevaron cada cuatro horas y de esa forma pudieron descansar sin ningún temor.

Los niños habían jugueteado fuera de la casa. A pesar de sus pocos años, ellos se habían dado cuenta de que algo extraño ocurría, pero pronto se acostumbraron y ahora ambos estaban ya en la cama durmiendo.

De pronto oyó la voz del más alto:

—Anda, Roy, llégate al cobertizo y échale una ojeada a los caballos. Oyó el ruido de la puerta cuando el rubio salía.

Durante todas aquellas horas, desde que los pistoleros aparecieron, en su mente se habían entremezclado confusas las ideas. Recordó una y otra vez todo lo sucedido meses atrás, cuando murió su esposo y también lo que había ocurrido cuando Jess Madigan la sorprendió en las nuevas tierras. ¿Qué iba a pasar ahora que Jess Madigan y Watson estaban enfrentados?

Se dijo que Paradise Valley era una prolongación del infierno.

Madigan había dicho muchas cosas, pero ¿cuáles de ellas eran verdad o mentira?

Quizá no había sido sincera consigo misma. Sí, desde un principio se había sentido atraída por Watson. Eso era algo certísimo, aunque había creído que era mera simpatía, pero ¿y

ahora? Cuando vio que Madigan estaba a punto de disparar sobre Watson había sentido golpear su corazón dentro del pecho.

No, había algo más. Watson había empezado a significar algo importante sin que ella misma se diese cuenta.

De pronto, vio por el rabillo del ojo que algo se movía a su izquierda y se volvió sobresaltada.

El rubio Roy había entrado subrepticiamente por la puerta trasera y allí estaba, apoyada la espalda en la pared, sonriente.

—Hola, nena.

—Vuelva con sus compañeros.

—Aquí estoy bien. No te preocupes, no te molestaré. Me conformo con verte. Ella fue a decir algo, pero cerró la boca y prosiguió su trabajo.

El rubio se puso a liar un cigarrillo y luego dio un paso y ella se volvió otra vez sobresaltada.

—¿Qué quiere?

Roy la miró con sorna.

—Fuego. Sólo eso. Fuego. Sheyla señaló el horno.

—Agárrelo usted mismo.

—Preferiría que me lo dieses tú —repuso él, mirándola a los ojos.

—No soy su criada.

—Claro que no, nena. ¿Quién dice que seas una criada?

Se acercó al horno y tiró de una pequeña rama que estaba al rojo vivo y encendió. Luego se echó atrás hasta apoyar otra vez la espalda en la pared.

—Debes pasarlo muy aburrido.

Sheyla no contestó nada mientras echaba sal en la olla.

—Sí —prosiguió Roy—. Debes estar la mar de aburrida. Tú eres un monumento de mujer y mereces estar en otro lugar distinto. ¿Qué clase de hombres hay aquí que consienten esta injusticia?

Ella giró, exclamando:

—Estoy aquí por mi propia voluntad y le voy a pedir una cosa.

—¿Un beso? —sonrió él.

Sheyla se sintió presa de una gran indignación.

—¡Déjeme en paz!

El rubio metió la mano en el bolsillo del pantalón y la sacó con un fajo de billetes.

—¿Sabes cuánto hay aquí?
—No lo sé, ni me importa.
—Quince dólares —sus labios sonrieron enseñando los dientes —. Quince dólares que te doy por un beso.
—Vaya a comprarlo a una mujerzuela.
—Las mujerzuelas los dan baratos y a mí personalmente me los regalan. Aquí, donde me ves, soy un tipo de categoría.
—¿Usted…? —Ella hizo un gesto despectivo—. Será mejor que vuelva con los demás hombres.
Roy se mantuvo un rato indeciso y luego arrojó el fajo de billetes sobre una piedra.
—Ahí los tienes, nena. Ahora cumplirás tu parte. La joven hizo un gesto de asombro.
—¿Qué quiere decir?
Roy echó a andar.
—Me vas a dar el beso.
Sheyla retrocedió y él siguió andando.
—No se acerque —alargó la mano porque sabía dónde estaba el cuchillo y logró atraparlo.
Roy se detuvo al ver brillar la hoja de acero.
—Demonios, no sabía que fueses tan atrevida, pero apuesto a que no eres capaz de utilizarlo.
—Lo hundiré en su cuerpo si se atreve a tocarme.
—¿Eso harías? —sonrió el forajido—. Vamos a verlo.
Fue a avanzar sobre ella y de pronto en el hueco de la puerta que había frente a Roy apareció la figura de Jim.
—¿Qué pasa aquí? —dijo.
Roy se detuvo otra vez, desviando los ojos hacia la figura de Saratoga.
—Lárgate. Nadie te ha llamado.
—Creo que sí. Me llamó ella.
Sheyla retrocedió poco a poco hacia el lugar en que se encontraba Jim.
—Vaya —dijo el rubio—, te ha salido un defensor, nena… Y apuesto a que él está esperando el premio.
Movió la mano hacia el revólver y Jim se abalanzó sobre él descargándole un puñetazo en el estómago.
Roy había logrado sacar el «Colt» y ahora Jim le golpeó con el

filo de la otra mano en la muñeca.

Roy lanzó un grito de dolor y el «Colt» chocó contra el suelo.

Pero el rubio también sabía pelear y lo demostró levantando el otro puño. No lo hizo con mucha fuerza, pero fue bastante para que al golpear contra la cara de Saratoga, éste trastabillase.

Roy se agachó para levantar el arma, pero Jim le soltó un patadón en la cara y el rubio, con el arma ya en la diestra, lanzó un grito y se desplomó de espaldas en el suelo.

Saratoga lo siguió en su caída y le propinó otro patadón en la mano y el revólver se fue contra la pared.

Se oyeron pasos rápidos y en la puerta apareció Patrick exhibiendo el «Colt».

El rubio miró a su compañero y soltó un escupitajo en el suelo, mezcla de saliva y sangre.

Jim se había quedado quieto viendo el revólver de Patrick que le apuntaba. El rubio gateó hacia donde había quedado su «Colt» mientras decía:

—Te voy a meter todo el cargador en el cuerpo, entrometido.

—No harás nada de eso —dijo Patrick.

Roy se detuvo mirando al hombre que era su jefe.

—¿Por qué no, Patrick? Me ha pegado.

—La lucha será a puñetazos. Roy hizo una mueca.

—¿Por qué ha de ser a puñetazos? Déjame que lo liquide de una vez.

—Tú viniste aquí por la mujer y él la ha defendido.

—Ella me gusta.

—Claro que sí, ella te gusta; pero si la quieres, tendrás que lograrla por tus propios méritos, puesto que hay un tipo que se opone a tus deseos. Pégale una buena paliza y yo mismo te diré: «Anda, Roy, es tuya».

Roy empezó a sonreír.

—Prométemelo, Patrick.

—Está prometido.

Roy se levantó y pegó un puntapié al revólver, metiéndolo por el espacio que había bajo el fogón.

Miró a la joven y luego a Saratoga.

—Bien, muchacho, te voy a romper los huesos.

Se echó sobre Jim enviándole un viaje con la zurda.

Saratoga bloqueó el golpe y le soltó un terrible derechazo al hígado que llegó limpiamente a su destino.

La cara del rubio se puso cárdena y luego, Jim, sin tomarse un descanso, le estrelló el otro puño en el pómulo.

Roy se fue contra la pared y cuando vio llegar a Jim levantó el pie y le propinó un patadón en el estómago.

Saratoga se encorvó y ese momento fue aprovechado por Roy para descargarle un trallazo en el mentón.

Jim cruzó la cocina de parte a parte y Patrick se retiró del hueco para dejarle paso.

Roy fue detrás de su enemigo hasta la otra habitación donde se encontraban sentados Jess Madigan y Edgar.

Saratoga se levantó trabajosamente moviendo de un lado a otro la cabeza para enfocar bien la imagen de Roy que se acercaba rápidamente a él y vio la sonrisa de triunfo que había en la cara del rubio. Éste hinchó los pulmones de aire porque estuvo seguro de que con un golpe le bastaría para acabar con Saratoga.

Jim se desplazó ligeramente a un lado cuando vio llegar el puño y de esa forma pudo burlar el golpe. Luego dio dos pasos retirándose de Roy, quien se volvió exclamando lleno de rabia:

—No te van a valer los trucos.

Otra vez se abalanzó sobre Saratoga, pero ahora éste ya se había repuesto y veía bien a su rival.

Alargó la izquierda pegando suavemente por dos veces consecutivas. Esto aturdió a Roy, quien bajó la guardia ante su enemigo.

Eso era lo que esperaba Jim para descargarle su derecha en la cara.

Sonó un chasquido y el rubio se derrumbó en el suelo sin emitir un solo grito y después de dar una vuelta de campana quedó de bruces en el suelo, completamente inmóvil.

Jim Saratoga llevó aire a sus pulmones entre jadeos. Al alzar la mirada vio junto a la puerta de la cocina a Patrick y a Sheyla, ella todavía con el cuchillo en la mano.

Ahora Patrick quitó éste de la mano de la joven y lo arrojó hacia el interior de la cocina.

—Está bien, Watson —dijo deteniendo la mirada en la cara del joven—. Este asunto ha quedado concluido en lo que a mí respecta.

Roy se ha quedado sin la chica.

—¿Cree que él se va a conformar?

Patrick miró a su desvanecido compañero y dijo:

—Tendrá que conformarse o le sacaré la dentadura de cuajo.

—Gracias —dijo Jim.

—Pero te voy a hacer una advertencia, Watson. No creas que porque has ganado a Roy las cosas van a cambiar para cualquiera de vosotros. A mí no me gustan las peleas a puñetazos cuando tengo la sartén por el mango —acompañó sus palabras con un movimiento del revólver para que se le comprendiese mejor.

Jim sacudió la cabeza en un gesto afirmativo. Patrick miró a Sheyla.

—Anda, muchacha, prepáranos la cena. Este incidente me ha abierto el apetito.

Sheyla dirigió una mirada de agradecimiento a Watson y luego se metió otra vez en la cocina.

Patrick fue tras ella y al cabo de unos segundos reapareció con el revólver de Roy en la mano. Sonriendo dijo:

—Casi lo olvidé.

Roy se puso en pie y tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla para no caer de nuevo. Echaba sangre por la boca y por la nariz. Sus ojos miraron llenos de odio a Jim Saratoga.

—Esto fue solo la primera parte.

—No habrá más partes —dijo Patrick.

—¿Por qué no? Quiero el desquite.

—No quiero que te mate a puñetazos. Roy hizo un gesto de rabia.

—Sólo me cazó con un golpe de suerte.

—Déjate de historias, Roy. Te cazó porque pelea mejor que tú. El éxito de la vida consiste en darse cuenta de las posibilidades que tenemos cada uno, pero tú parece que no lo entiendes. Vas a dejar en paz a la chica y lo dejarás también en paz a él.

Roy sacó un pañuelo y se restañó la sangre. Al cabo de un rato, cuando lo hubo conseguido, guardó otra vez el pañuelo y alargó la mano hacia Patrick.

—Devuélveme el revólver.

Patrick le arrojó el arma, que el rubio cazó al vuelo.

Sheyla apareció en el hueco de la cocina con una humeante olla

entre las manos. Roy levantó el revólver apuntando al cuerpo de Saratoga.

El tiempo pareció detenerse en aquella habitación. Roy seguía mirando con los ojos muy fijos la cara inexpresiva del hombre que lo había derrotado. Su dedo estaba curvado sobre el gatillo. Bastaría una pequeña presión para que se produjese el estampido y la bala penetraría por el centro del pecho de Jim.

Nadie decía nada. Todos estaban inmóviles.

Finalmente Roy bajó el arma y la metió en la funda, diciendo:

—Ya habrá tiempo para que te mande a la fosa, Watson.

Patrick dijo con media sonrisa:

—Vamos a cenar, muchachos.

CAPÍTULO X

El rayo tableteó, y tras el horrísono trueno, el cielo volcó cataratas de agua sobre la tierra.

Sheyla dijo:

—Iré con los niños. Tienen miedo de las tormentas.

La joven desapareció en el cuarto donde dormían Tim y Mary.

Era la tercera noche que pasaban allí los forajidos. Nada se sabía de Bill Masterson y sus secuaces.

Ahora los cinco hombres estaban en la habitación sentados en las sillas alrededor de la mesa, los tres pistoleros a un lado y enfrente, como siempre, Jim y Madigan.

—A mí tampoco me gustan las tormentas y no soy ningún niño —comentó Edgar.

—Lo siento por Masterson —dijo Patrick—. Debe estar cerca de aquí y quizá lo pase mal.

—¿Por qué ha de pasarlo mal? —preguntó Roy.

—Se ve que no te ha pillado ninguna tormenta en el desierto.

—¿Es algo importante? Patrick sonrió con ironía.

—Tenías que haberlo visto como yo. Una vez estuve a punto de morir ahogado.

—Tiene eso gracia —dijo Roy—. Morir ahogado en el desierto.

—Aunque no lo creas, es así. Vas cabalgando por la tierra reseca y de pronto se nubla el cielo, y poco después empieza a caer el agua por toneladas. El camino por donde vas se convierte en el lecho de un torrente que lo arrastra todo: piedras, cactos y hasta lagartos y serpientes de cascabel… Y uno ha de afirmarse bien en la montura para no ser barrido. Pero llega un momento en que te das cuenta de que no te servirá de nada.

—¿Qué pasa entonces? —lo interrumpió Roy—. Tú estás vivo.

—Sólo tienes una probabilidad de escapar: que cerca de allí haya una mesa… Es lo que a mí me ocurrió. Luché por llegar hasta ella cuando la descubrí entre la cortina de agua. Nunca pensé que me salvaría… Te digo que fue un milagro.

—Infiernos —exclamó Edgar—, a mi no me gustaría que a Bill Masterson le ocurriese eso.

Roy pegó un manotazo en el aire.

—Si a Bill Masterson le pasase eso, juro que buscaría su cuerpo y lo llenaría de plomo.

—¿Y de qué te serviría? —habló Edgar—. Apuesto a que no encontrarías la bolsa a su lado.

Roy se puso en pie.

—¡Maldita sea…! Bill Masterson no puede hacernos eso. Los veinte mil dólares los sudamos todos juntos y es justo que los repartamos.

—No te pongas nervioso —intervino Patrick—. Bill Masterson sabrá arreglárselas bien y llegará aquí con el dinero.

—Supón que no viene porque esta tormenta acaba con él.

Patrick se encogió de hombros.

—Sería mucho peor para Bill, porque estaría muerto.

—Os dije que no me gustaba la forma en que se iban a hacer las cosas. ¿Por qué Bill se tuvo que llevar la bolsa?

—Masterson fue quien preparó el golpe.

—Muy bien. Admito que él lo preparó; pero podíamos haber hecho el reparto antes de separarnos.

—No hubo tiempo para eso. Eran billetes pequeños y habríamos necesitado más de media hora para hacer las porciones.

—Claro que sí —exclamó Roy—. Y por eso se lo llevó todo. ¿Por qué no se hicieron dos partes, puesto que debíamos dividirnos en dos grupos? Eso debió ser cosa suya, Patrick. ¿No eres nuestro jefe? Debiste demostrarlo.

Patrick se echó en el respaldo de la silla.

—¿Quieres que te lo demuestre, Roy?

El rubio se pasó la lengua por el labio inferior.

—No, Patrick. No hace falta.

—Pues entonces es mejor que dejes de meterte con los demás. Te advertí hace tiempo que es una mala costumbre que solamente te puede conducir a un sitio: al hoyo.

Roy permaneció un rato mirando a Patrick y finalmente dio media vuelta y se acercó a la ventana poniéndose a mirar hacia fuera.

Se sucedían los relámpagos en el firmamento y en los intervalos de luz, a través de los cristales, se veía caer el agua.

Jim se puso en pie.

—Quisiera ir al campo. Patrick lo miró.

—¿Para qué?

El río crecerá e inundará los sembrados.

—Eso será algo inevitable.

—Ya pensé en ello hace unos días y preparé tres rocas con su correspondiente cuña para dejarlas caer desde lo alto de la catarata.

—¿Qué esperas conseguir con eso?

—Justamente allí está el nacimiento del brazo que va a parar a las acequias. Esas rocas servirán de muro para que el agua no pase a torrentes hacia las tierras de cultivo.

Roy se volvió desde la ventana.

—¡Déjanos en paz con tus patatas, tus tomates y todo lo demás! ¡Por mí que se pudran!

Se produjo una pausa y luego Patrick inquirió:

—¿Qué pasará si te dejo marchar, Watson?

—Sólo me ocuparé de arrojar las rocas desde el lugar que te acabo de indicar.

—Dame tu palabra.

—Está dada.

Roy se echó a reír.

—No estarás hablando en serio, ¿eh, Patrick? No me irás a decir que vas a dejar salir a este tipo.

—Ya lo has oído. Ha prometido que sólo armará el muro para que no se le inunden sus campos.

—¿Y tú lo vas a creer? —exclamó Roy echando el torso hacia adelante—. Yo te diré lo que va a hacer. Apuesto a que tiene escondido en algún sitio un rifle o un revólver. Eso es lo que él piensa hacer: sorprendernos. Debiste dejar que lo matase, Patrick, pero todavía es tiempo.

—Soy yo el que da las órdenes, Roy. Y no me gusta recordártelo a cada momento.

—Se trata de mi vida, ¿lo entiendes, Patrick? Te digo que ese

tipo nos la va a jugar. Estoy seguro de ello.

Patrick dijo:

—Está bien, Watson. Puedes marcharte. Pero vuelve pronto. Roy reflejó en la cara un gesto de sorpresa.

—No, Patrick. No puedes hacerlo. Vas a cometer un error.

Jim Saratoga echó a andar en medio del silencio que siguió a la protesta de Roy y salió fuera de la cabaña cerrando tras de sí.

En pocos instantes el agua le empapó de la cabeza a los pies.

Echó a correr hacia el río y al llegar cerca de las cataratas oyó el fragor del agua que rompía contra las rocas al caer desde lo alto.

Subió arriba acercándose a las piedras a que se había referido. Efectivamente, al quinto día de su estancia en el valle había previsto la posibilidad de una desgracia de aquella magnitud. Sólo hizo mover las rocas más redondas dejándolas en el borde de la cascada, donde el agua corría con muy poca fuerza.

Apartó los guijarros que servían de cuña para mantenerlas quietas y las rocas empezaron a estremecerse impulsadas por el agua.

Necesitó hacer muy poco esfuerzo para que la primera cayese desde lo alto. Luego hizo lo mismo con las otras dos y las piedras fueron a caer justamente donde quería.

Aquel muro improvisado de contención no podía evitar totalmente el paso de agua hacia el sistema de acequias que servía para regar los campos y menos para impedir un desastre, si continuaba lloviendo de aquella forma. Sólo se salvarían los sembrados si dejaba de llover en un plazo breve. Pero él acababa de hacer lo que estaba en su mano para salvar la obra de Paradise Valley.

Finalmente se puso a caminar otra vez en dirección a la casa. Cuando abrió la puerta vio que Roy le estaba esperando en el rincón más distante con el revólver en la mano.

Sheyla continuaba en la habitación de los niños.

Patrick y Edgar lo observaron detenidamente y él cerró la puerta y caminó hacia la chimenea, donde ardía el fuego.

—¿Quieres registrarlo, Roy? —ironizó Patrick.

Era evidente que Saratoga no llevaba ningún revólver escondido, ya que las empapadas ropas se adherían a su cuerpo como una segunda piel.

Roy enfundó el arma, diciendo:

—Watson ha pensado que nada iba a conseguir con su triquiñuela.

Cesaron los relámpagos y ahora llovió con menos intensidad.

Jim Saratoga sonrió pensando en que Paradise Valley se había salvado de la catástrofe. Ahora, a la vista de aquel peligro, levantaría un muro de contención. Sería fácil porque los materiales estaban allí, en el propio río.

De pronto interrumpió el curso de sus pensamientos. ¿Es que él iba a permanecer siempre en Paradise Valley? ¿Por qué pensaba en aquel lugar como si ya formase parte de él?

Conocía la respuesta. Era Sheyla. La quería. En eso consistía toda la verdad. La quería sobre todas las cosas de la tierra.

—¿En qué piensas, Watson? —Oyó la voz de Jess Madigan.

Observó sus ojos y se dio cuenta de que Madigan le había espiado atentamente desde que regresó a la casa.

—Te sientes un héroe, ¿verdad, Watson? Cuando esos tipos se vayan, piensas pasar la factura a Sheyla y hasta habrás soñado con que ella se te eche en los brazos… Pero será mejor que lo olvides. Nunca ocurrirá eso porque antes acabaré contigo.

Roy se echó a reír.

—¿Ves, Patrick? Aquí tienes dos hombres que luchan por una mujer. Estaría bueno que no fuese para ninguno de ellos y que yo me la llevase.

Edgar rió con ganas.

—Eso está bien, Roy. Y si sirve de algo mi voto, te lo doy a ti. Puedes llevártela si quieres.

Patrick sacudió la cabeza.

—Somos fugitivos de la justicia, ¿lo entendéis? Y todavía hemos de hacer una larga carrera antes de considerarnos fuera de peligro.

—La chica correrá si yo la empujo —dijo Roy. Jim Saratoga le miró fijamente.

—Tú no te la llevarás, Roy.

El rubio torció la boca en una mueca de burla.

—¿Lo vas a impedir tú otra vez con tus puños?

—Si es necesario, estaré dispuesto cuando tú quieras.

—No, Watson. No te concederé esa oportunidad. La próxima vez dejaré que mi revólver hable por mí.

De pronto todos callaron al oír una fuerte galopada. Edgar saltó de la silla.

—¡Ya están ahí, Patrick!

El huesudo se puso en pie desenfundando el revólver.

—Ve a la puerta, Roy, y ten cuidado. No quiero encontrarme con una sorpresa. Dales el alto si se acercan.

Roy cruzó la habitación con el revólver en la mano y abrió.

La galopada se hizo más sonora y Roy, después de un titubeo, salió de la casa. Poco después los que habían quedado dentro oyeron su voz.

—¡Alto, ahí! ¿Quién va?

Le contestó alguien con una risotada.

—¡Eh, muchachos, aquí están los nuestros…! Es el bueno de Roy Palmer.

—¡Bill Masterson! —exclamó el rubio—. Bien venidos a vuestro hogar, muchachos —también soltó una carcajada—. El cobertizo está a la izquierda.

Jim se dijo que debería andarse listo. A partir de aquel momento podían ocurrir muchas cosas en Paradise Valley. Ahora, bajo el techado, se encontrarían seis hombres armados y él no tenía a su alcance un solo revólver. Apareció de nuevo Roy y se oyeron pasos tras él.

Tres hombres penetraron en la cabaña. El aspecto de los recién llegados era el mismo que el de sus compañeros que les habían precedido: rostros patibularios, barbas crecidas… Sus ropas estaban completamente empapadas de agua.

—Hola, Bill —exclamó Patrick, saliendo al encuentro del más alto, un tipo de unos cuarenta años de edad, fuerte, de cabello rojizo, que portaba una bolsa de cuero al brazo.

—¿Cómo estás, Patrick?

Los dos hombres se abrazaron y luego Patrick saludó a un fulano pequeñajo de piernas estevadas dándole el nombre de Nash y a otro de sienes muy hundidas, que llamó Derry.

Bill Masterson inspiró profundamente, observando a los dos prisioneros.

—Caramba, veo una cara nueva. ¿Quién eres tú, chico?

—Dan Watson —contestó Jim.

En aquel momento se abrió la puerta del dormitorio de los niños

y Sheyla entró en la estancia. Sólo dio un paso y luego se detuvo con los ojos agrandados, mirando alternativamente a los tres hombres que acababan de llegar a la cabaña.

—¡Ustedes! —exclamó.

Bill Masterson sonrió enseñando unos dientes muy separados.

—Infiernos, estás más hermosa que cuando nos marchamos. ¿Qué clase de forraje te da tu marido?

Sheyla apretó los puños mientras sus ojos despedían fulgores de ira.

—¿Cómo puede hablar así, Masterson?

—Me gusta decir la verdad ante una cosa preciosa y tú eres lo más bonito que hay en mil millas a la redonda y tu marido un tipo con mucha suerte.

—¡Mi marido! —exclamó Sheyla, el pecho embravecido—. ¡Ustedes lo mataron! ¡Asesinos!

En la estancia se hizo un silencio.

Bill Masterson, Nash y Derry observaron a la joven con un gesto de perplejidad.

—¿Qué es lo que dices, nena? —inquirió Masterson.

—Ustedes mataron a mi esposo… No se contentaron con robarnos los alimentos y el caballo… Tenían que hacer más daño todavía… Son gentuza, basura, tipos de estercolero… Ustedes sabían que mi marido no se daría por conforme… Y lo esperaron para matarlo.

Masterson se aclaró la garganta.

—¿Te encuentras bien, ricura?

—¡Es usted un cínico!

—Magnífico; estás en tus cabales. Entonces prepárate para oír algo importante.

—¡No quiero oírle, Masterson! ¡Ni tampoco quiero estar en presencia de ustedes mientras permanezcan en mi casa! ¡Me iré a mi habitación y si quieren comida tendrán que preparársela con sus propias manos!

La joven dio media vuelta y se dirigió a la habitación adyacente a la de los niños. Tenía ya la mano en el tirador cuando Masterson dijo:

—Nosotros no matamos a tu marido, ricura.

Capítulo XI

Sheyla Norse volvió la cabeza bruscamente mirando a Masterson.

—¡Está mintiendo!

—No, preciosa. Es lo que te digo. Yo no maté a tu esposo.

—Da lo mismo que fuese usted o cualquiera de esos canallas que lo acompañan.

—Aclaremos un poco las cosas, nena. Acabas de decir que tu marido salió en nuestra persecución después de marcharnos.

Sheyla titubeó unos instantes.

—Sí.

—Pues no dio con nosotros.

—¿A quién le tiene miedo, Masterson? Su crimen quedará impune… hasta que encuentre una bala en su camino.

—Es lo que digo yo, ricura. ¿Por qué había de engañarte? Te repito que ni siquiera lo encontramos en nuestro camino.

—Ustedes le tendieron una celada.

—No, preciosa. Nash y Derry querían alejarse muy aprisa de aquí y cabalgamos sin detenernos. Yo mismo interrogaré a mis compañeros para que oigas sus respuestas —se volvió hacia sus compinches—. ¿Viste al marido de la mujer, Nash?

—No —contestó el aludido—. No le vimos ni el polvo.

—¿Y tú, Derry? ¿Te echaste a la cara a aquel afortunado con una esposa tan linda?

—No, Bill. Tú sabes que no nos apartamos de tu lado. No lo pudimos ver. Masterson volvió a mirar a la joven.

—Me imagino que no has quedado satisfecha, pero es la pura verdad. Puedes descansar con respecto a nosotros, preciosidad. Confieso que tienes mucha razón al llamarnos tipos de estercolero, ya que hemos hecho algunos trabajitos por algunos andurriales;

pero te doy mi palabra de que ninguno de la pandilla disparó contra tu hombre.

Sheyla giró hacia donde estaba Madigan.

—¿Qué dices tú, Jess?

Madigan se mordió el labio inferior.

—Yo siempre he pensado que fueron ellos. Tim y yo cabalgamos hacia el oeste, en la dirección que ellos habían seguido. Pero al parecer debimos tropezar con otra pandilla. Bill Masterson hizo un gesto agrio.

—Acertasteis el camino. Nos fuimos por el oeste, pero nosotros no nos tropezamos con nadie. En aquel trozo de desierto sólo había lagartijas y serpientes —se dirigió otra vez a la joven—. ¿Qué clase de historia te contó, ricura?

Sheyla Norse contestó:

—Jess se llegó aquí con mi marido atravesado en la silla. Dijo que ustedes les habían tendido una trampa y que Tim cayó durante la lucha.

En la estancia se hizo un silencio que rompió el propio Madigan.

—Repito que quizá fueron otros hombres. Jim Saratoga dio un paso hacia Madigan.

—Vas a decir la verdad, Jess.

—No te metas en esto.

—Me dijiste que odiabas a Tim Norse y tú querías casarte con Sheyla. Quizá pensaste en matarlo muchas veces, pero nunca tuviste oportunidad, ya que tú estabas solo aquí con él y Sheyla hubiese sabido en seguida que eras el autor del crimen.

—Déjame tranquilo, Watson.

—Pero Bill Masterson te ofreció una ocasión sin él proponérselo. Tim quiso seguirles para recuperar el caballo y lo demás que se habían llevado y para vengarse de la paliza que había recibido delante de su esposa. Y él te llevó a ti, Madigan. Naturalmente, cuando saliste de la casa ya sabías lo que ibas a hacer. En cuanto os alejasteis de la casa, lo liquidarías.

Madigan volvió la cara hacia la muchacha.

—¡No lo creas, Sheyla! ¡Está contando una historia! La joven no dijo nada.

Jim caminó hacia Madigan con los puños cerrados.

—Vas a contar la verdad, Jess —repitió.

—¡Yo no sé quién lo mató! ¡No lo sé, pero yo no fui!

El puño de Saratoga se estrelló contra la cara de Jess, quien salió disparado hasta chocar las espaldas contra la pared. Un hilillo de sangre le empezó a correr por el labio hasta la barbilla.

—Maldito seas, Watson —exclamó y alargando la mano alcanzó una de las sillas.

Jim saltó a un lado cuando Madigan le arrojó el proyectil sobre la cabeza y la silla golpeó contra el suelo, yendo a parar a la otra parte de la estancia.

Madigan se vino hacia delante llevado por su propio impulso y entonces Jim le golpeó otra vez en la cara.

Madigan tuvo bastante para estrellarse en el suelo y entonces Saratoga le cogió por el cuello de la camisa y le abofeteó la cara con la otra mano.

—Cuéntalo, Jess. ¿Cómo lo hiciste? Todos queremos oírlo… Madigan respiró con mucho esfuerzo.

—Tim era un miserable y me hacía trabajar sin contemplaciones… Hasta se permitió golpearme tres o cuatro veces porque decía que yo no le daba rendimiento. Trataba brutalmente a todo el mundo, a su propia mujer… Todos decimos que Sheyla es muy hermosa, pero para Tim era solamente un trasto, algo que él podía tomar cuando le viniese en gana porque era un objeto suyo.

—Pero no lo mataste por eso, Jess. Lo hiciste porque querías quedarte a solas con Sheyla. Ése fue el único motivo, y apuesta a que lo habrías asesinado antes, si él no hubiera sido un tipo duro.

Sheyla tenía las manos en la cara mientras escuchaba la confesión de Madigan. Jim golpeó otra vez en la mejilla del asesino, arrojándolo contra el suelo.

—Eres un criminal, Madigan, y tendrás que atenerte a las consecuencias. Bill Masterson dejó oír su voz.

—A nosotros nos tienen sin cuidado estas cosas —miró a Sheyla —. Sólo quería demostrarte una cosa, ricura; que nosotros no éramos los culpables de la muerte de tu marido. Y ahora que ya está aclarado, espero que nos des el premio ofreciéndonos una buena pitanza. Mis amigos y yo nos hemos acordado mucho de tus habilidades en la cocina. Anda y prepáranos algo que sea bueno.

Sheyla dio media vuelta y desapareció en la cocina mientras emitía un sollozo.

Jess Madigan miró con ojos llenos de odio a Jim y de pronto volvió la cara hacia los pistoleros.

—¿Quién me vende un revólver?

—¿Para qué lo quieres, muchacho? —preguntó Patrick.

—Para matar a ese tipejo.

—La respuesta es no.

—Daré por él cincuenta dólares.

Los ojos de Nash brillaron codiciosos.

—¿Dónde tienes el dinero?

—Ven conmigo a mi habitación.

—Está bien —dijo Nash—. Vamos allá. Bill Masterson soltó una risotada.

—¿Qué te parece, Patrick? Mis chicos saben hacer negocio. Patrick habló con voz seca:

—Aquí no se va a vender ningún revólver. Párate, Nash.

El aludido, que ya había echado a andar en seguimiento de Madigan, se volvió haciendo una mueca.

—¿Qué te pasa a ti, Patrick?

—He dicho que no le vas a vender ningún revólver.

—Es un negocio particular.

—No. Nash. Esto compete a todos.

—¿Por qué? Yo no lo veo así. El muchacho Madigan quiere darse el gustazo de liquidar al muchacho Watson y está dispuesto a pagar cincuenta dólares por ello. Naturalmente, tomaré mis precauciones. Dejaré en el revólver sólo una bala. De esa forma sólo podrá disparar una vez, y si se atreve a disparar contra nosotros, estará listo.

Patrick meneó la cabeza en sentido negativo.

—Sólo quedamos citados aquí para repartirnos el botín, no para vender revólveres o alquilarlos.

—Te he dicho que no es cuenta tuya, Patrick —repuso Nash.

Los dos pistoleros que se enfrentaban permanecían quietos observándose atentamente.

Finalmente Patrick rompió el silencio.

—Anda y siéntate al lado de la mesa, Nash.

—No consiento que se metan en mis cosas.

—Ya lo ves. Yo me he metido.

—Me hablaron de ti y de que tiras bien con la zurda, pero te

apuesto a que te meto una bala en el corazón con el revólver de mi derecha.

—No me gustaría enfrentarme contigo, Nash.

—Entonces deja que le venda el revólver a este tipo.

—No.

Nash desenfundó como una centella con la diestra, pero el revólver que se disparó fue el que Patrick impulsó con su izquierda. No lo sacó de la funda. Le bastó bajar la culata y al mismo tiempo su dedo se arqueó sobre el gatillo y apretó.

Nash recibió el balazo entre los dos ojos y se desplomó hacia atrás, pero cuando tocó el suelo ya estaba muerto.

Sheyla apareció en la puerta de la cocina, el rostro muy pálido. Patrick miró a Bill Masterson y a Derry.

—Nash se lo ganó. ¿Todos conformes?

Masterson ensanchó el tajo de su boca en una sonrisa.

—Claro que sí, Patrick. Una muerte siempre viene bien cuando se ha de hacer el reparto de un botín —rió ahora más fuerte—. Ahora la ración de cada uno es más grande.

Patrick se dirigió a Edgar.

—Saca el cuerpo de Nash y cávale una fosa.

—Será rápido —asintió Edgar—. Ahora la tierra está blanda.

Se acercó a donde estaba el cuerpo tendido del muerto y cogiéndolo por los tobillos lo arrastró hacia la puerta, por donde salió con él.

Se oyó un lloro infantil y Sheyla corrió a la habitación donde dormían sus hijos, cerrando tras de sí.

Patrick fijó los ojos en la cara de Jess Madigan.

—Siéntate en la silla y no te muevas, Madigan. La próxima bala será para ti. No quiero oírte respirar.

Jess caminó hacia la pared y ocupó una silla. Bill Masterson soltó una risita.

—Demonios, creí que éste sería un lugar de paz.

—Hagamos el reparto cuanto antes y larguémonos —sugirió Patrick.

—¿Con esta noche?

—Ya ha dejado de llover.

—Sí, Patrick. Ya sé que no volverá a caer una gota en el desierto hasta dentro de unos cuantos meses, pero en la oscuridad podemos

caer en una de esas simas que se han llenado de agua. No estarán secas hasta el amanecer. Conozco bien el desierto y ahora la tierra no embebe mucho debido al frío. Además, Derry y yo estamos cansados. Nos vendrá bien un sueñecito en una buena cama y luego al amanecer nos largamos.

—Está bien. Pero hagamos el reparto ahora mismo y que cada cual cuide de lo que le corresponde.

Bill Masterson hizo un gesto afirmativo y dejó la bolsa de cuero sobre la mesa.

Luego metió las manos en el interior y empezó a sacar fajos de billetes, que fue colocando a un lado.

Roy Palmer soltó una risita observando el dinero con ojos brillantes.

—Demonios, nunca vi tanto dinero junto. ¿Por qué no habré asaltado yo un Banco por mi cuenta?

Bill Masterson rió.

—Se necesita mucha cabeza para eso, y tú no la tienes, Roy.

—Cualquier día de éstos me voy a atrever y entonces me retiraré con las ganancias.

Patrick meneó la cabeza.

—Es preferible que no lo hagas, Roy. Bill tiene razón. Un asalto a un Banco requiere una buena preparación y mucha cabeza para conservarla sobre los hombros. Tú solo eres un buen acompañante y nada más.

—Algún día os demostraré que estáis equivocados. Jim Saratoga habló desde la pared.

—¿Qué Banco asaltasteis?

—¿Te importa mucho? —dijo Bill Masterson, con las cejas enarcadas.

—Simple curiosidad.

—Pues muérdete la lengua y es posible que puedas vivir unos cuantos años.

—Anda, Bill —dijo Patrick—, haz el reparto.

—Hay trece mil doscientos setenta y cinco.

—¿Qué es eso de trece mil? —rezongó Patrick, el ceño fruncido —. Antes de separarnos dijiste que eran veinte mil.

—¿Eso dije? —murmuró Masterson, y se pasó la lengua por los labios—. Debí equivocarme.

—Lo dijiste muy seguro.

—Bueno, debiste tener en cuenta que no los conté uno por uno.

—Pero contaste los fajos y cada uno era de quinientos. En la estancia se hizo un nuevo silencio.

—¿Es que me vas a llamar embustero, Patrick? —dijo Bill Masterson y empezó a bajar la mano hacia el revólver.

CAPÍTULO XII

Patrick retrocedió un paso.

—Podríamos arreglar las cosas de otra forma, Bill.

Masterson detuvo su mano a unas pulgadas de la culata.

—¿De qué forma, Patrick?

—De ésta —dijo Patrick y desenfundó con una rapidez increíble.

Masterson apretó los dientes rabioso al ver el arma que le apuntaba.

—Debí tener en cuenta que te llaman Patrick *el Truquista.*

—Ahora podemos seguir hablando del botín. ¿Dónde está lo demás?

—Aquí está todo.

—No. Ahí sólo hay trece mil doscientos setenta y cinco dólares. Ya lo dijiste antes. Quiero ver el resto.

—No hay más, Patrick. ¿Es que no ha quedado demostrada mi buena fe? Pude haberme marchado con todo, pero no lo hice.

—Tú sabes que yo te habría buscado donde quiera que fueses. Además, quedamos en que si esto salía bien, daríamos juntos otros tres o cuatro golpes de la misma categoría.

—Ahí lo tienes, muchacho —dijo Masterson—. La próxima vez nos resarciremos y ya puedes estar seguro de que contaré mejor.

—No, Bill. Yo soy partidario de que las cosas se hagan bien desde el principio. Vas a escupir el resto hasta los veinte mil dólares y luego haremos el reparto.

—No hay más.

Patrick convirtió sus ojos en rendijas fosforescentes.

—Bien, Bill; tú lo has querido. Contaré hasta tres, y si para entonces no has cantado lo que hiciste con la diferencia, ya puedes estar seguro de que te meteré unas cuantas balas en el cuerpo.

—No te atreverás.
—Uno…
—Piénsalo mejor, Patrick. Somos compañeros…
—Dos…
Masterson gritó:
—¡Lo enterré en el camino!
—¿Dónde?
—A unas doce millas de aquí.
—¿Cuánto?
—¡Maldita sea…! Seis mil y pico, lo que falta para los veinte mil. No me equivoqué la primera vez que conté. Tú te fijaste en el número de fajos…
—Sabía que eras un canalla, Bill, pero pensé que esta vez jugarías limpio.
Masterson se echó a reír.
—Vamos, muchacho, no te pongas así. Quedamos en que tú y yo haríamos grandes cosas. No lo eches a perder por una tontería.
Patrick se pasó el dorso de la mano por el mentón.
—Está bien. Empieza a repartir. Y recuerda el dinero que tienes a cuenta. Por lo tanto, apenas te tocarán un par de centenares.
—¿Quién protesta, Patrick? Se hará como tú dices, pero antes guarda ese revólver. Me pone nervioso ver que alguien me está apuntando con un arma.
Patrick vaciló unos instantes, pero por último devolvió el revólver a la funda.
—Así me gusta —exclamó Masterson—. Somos como hermanos.
Sheyla apareció de nuevo en la estancia.
—Por favor, ¿quieren no hacer ruido? Los niños están durmiendo y ya los despertaron antes.
—Claro que sí, dulzura —dijo Bill—. Lo tendremos muy en cuenta. A partir de ahora no habrá ningún estampido, ¿verdad, Patrick?
—No lo habrá —dijo el aludido, dando una cabezada.
Sheyla miró a Jim Saratoga, quien también tenía los ojos fijos en ella. Bill Masterson exclamó:
—¿Qué estás esperando, muchacha? Prepara aprisa esa cena antes de que se me oxide el estómago.
Sheyla volvió a desaparecer en la cocina. Patrick se puso a hacer

el reparto del botín.

Jim estaba pensando en las posibilidades que tendría si se arrojaba sobre uno de los forajidos para quitarle el revólver.

La puerta se abrió dando paso a Edgar, quien interrumpió la canción que silbaba.

—Bien, chicos; ya terminé con la fosa. Nash debe haber quedado satisfecho. Lo enterré cara al oriente, por donde sale el sol. Siempre fui un tipo con detalles finos.

—Anda, Edgar, acércate —dijo Patrick—. Coge tu parte. Edgar se frotó las manos.

—Caramba, ya era hora de que llegasen los billetes.

Jim los vio a todos juntos alrededor de la mesa y se apartó de la pared empezando a acercarse a Roy Palmer, que era quien tenía más próximo.

Alargó la mano hacia la culata que gravitaba junto a la cadera izquierda del rubio.

—¡Cuidado! —gritó Jess Madigan.

Todos los hombres se volvieron y eso impidió que Jim llegase a tocar con sus dedos el revólver del que pretendía apoderarse.

Derry, el hombre que había llegado con Masterson, golpeó el cañón contra la cabeza de Jim, quien se desplomó de bruces en el suelo.

Luego Roy le pegó un patadón en el hígado. Sheyla gritó desde la puerta de la cocina.

—¡Son ustedes unos salvajes! Jess Madigan la miró sonriente.

—Sólo está llevando su merecido.

—No sabía lo miserable que eras, Jess.

Patrick habló a Madigan mientras enfundaba el revólver.

—Nos has hecho un favor, muchacho, pero la chica tiene razón. Eres un bicho asqueroso a quien me gustaría pisar la cabeza. Tu deber era ayudar a Watson, aunque fuese en contra de nuestros intereses.

Cometió un error porque estaba dando las espaldas a Bill Masterson, quien conservó el arma en la mano.

—Bien, Patrick —dijo—. Logré sorprenderte. Patrick miró el «Colt» que le apuntaba.

—Enfunda ese chisme, Bill. A mí también me pone nervioso que me apunten.

—Más nervioso te vas a poner cuando te diga una cosa.

—¿El qué?

—Te voy a asar.

—No estás hablando en serio.

—Sí, Patrick. Te voy a hacer un relleno. No me gusta tu forma de ser y ya me he cansado de ti.

—Apenas hemos hecho que empezar, Bill. Tenemos mucho trabajo por delante.

—No, tú ya no harás nada, Patrick. Se te acabó la cuerda.

—Sólo me vas a matar porque te canté las verdades respecto al dinero que faltaba. Ya comprendo; si yo muero te será más fácil engañar al resto de los muchachos.

—Patrick Ballart, el pistolero honrado. Te gustaría que pusiesen eso en tu losa, ¿verdad, muchacho?

—Preferiría seguir viviendo.

—Pero sólo tendrás un hoyo, Patrick, y apuesto a que nadie va a saber el lugar donde se encuentra.

Patrick hizo un movimiento rápido con la zurda, pero se quedó a mitad de camino porque empezó a estremecerse cuando el revólver que empuñaba Bill Masterson crepitó arrojando plomo por la boca.

Patrick recibió un impacto, dos, tres, en el pecho y en el estómago y salió lanzado hacia atrás, golpeó contra la pared y se escurrió hacia abajo.

A pesar de que la víctima llevaba una buena carga, Masterson hizo otros dos disparos.

Patrick puso los ojos en blanco.

—¡Puerco! —Llegó a exclamar, y luego se derrumbó definitivamente emitiendo el último suspiro.

Sheyla lanzó un grito de horror y apoyó la frente en la pared porque no quería ver el cadáver, ya que Patrick había quedado con los ojos abiertos, fijos en el techo.

Jim ya había empezado a moverse y ahora quedó sentado en el suelo, viendo a Patrick muerto.

Bill Masterson ensanchó los labios en una sonrisa.

—Nunca me gustó este Patrick y no sé por qué me tuve que aliar con él para dar un asalto —miró alternativamente a Roy y a Edgar —. Seguramente fue porque vosotros dos me resultáis simpáticos. Sí, señor; eso es lo que fue. ¿O es que no estáis conformes con lo

que acabo de hacer?

—Por mí está bien muerto —contestó Roy Palmer.

Masterson se dirigió a Edgar.

—¿Y tú, chico? ¿Qué es lo que dices? Edgar hizo una mueca.

—Yo estoy siempre con los vivos.

—Es un buen principio.

—Está bien —dijo Roy—. ¿Qué hacemos con su parte?

—Yo la distribuiré. —Masterson cogió el fajo de billetes que correspondía al hombre recién muerto—. Os daré quinientos a cada uno y el resto para mí. ¿Estáis conformes?

Los pistoleros sacudieron la cabeza.

—Así me gusta —sonrió Masterson—. Que todos marchemos en armonía. Edgar guardó su parte del botín en el bolsillo.

—Yo enterraré a Patrick.

—Muy bien, pero no me digas luego dónde lo dejaste. Soy un poco aprensivo y por las noches tengo pesadillas.

Edgar sacó a Patrick en la misma forma que a Nash. Jim se puso en pie y entonces Roy habló a Masterson.

—Patrick no quería que lo matase, pero imagino que tú, Bill, tendrás ideas distintas a las suyas.

—Sí, Roy. Por mí puedes liquidarlo, pero no lo vas a hacer ahora.

—¿Por qué? Según reza el proverbio, no se debe dejar para mañana lo que puedas hacer hoy.

—Son demasiadas muertes ya y Edgar no hace más que enterrar a unos y a otros. ¿Qué vamos a dejar para mañana cuando llegue la hora de marcharnos?

—Lo peor del chico es que no se conforma con su suerte.

—Muy bien. Si el muchacho lo intenta otra vez, lo mataremos sin pestañear, pero si él quiere alargarlo, por nosotros lo dejaremos hasta mañana.

Roy Palmer hizo un gesto afirmativo.

—Correcto, Bill.

Masterson miró a Sheila.

—La chica acaba de dar un respiro. Ahora resulta que está loca por el joven.

Las mejillas de Sheyla se colorearon y fue a dar una respuesta, pero el propio Masterson la interrumpió.

—Saca de una vez esa comida. Y tú, Watson, siéntate en la silla y no te muevas.

Al cabo de un rato la joven empezó a servir a Bill Masterson y a Derry O'Sullivan mientras Roy Palmer hacía la guardia vigilando atentamente a los prisioneros.

Pasado un rato, Edgar regresó después de haber dado sepultura a Patrick.

Cuando hubieron terminado de cenar, Bill encendió un cigarrillo y miró a la joven, que estaba retirando los platos.

—Tú te puedes acostar, muchacha.

—Prefiero quedarme aquí cuando haya terminado de fregar la vajilla.

—Muy bien, como quieras. Así tendremos una cama más.

A continuación estableció el turno de guardias. Primero dormirían él y Derry y luego, a la una de la madrugada, lo harían Roy y Edgar.

Sheyla, después de lavar los platos, se sentó junto a Jim Saratoga.

Roy y Edgar estaban enfrente y de vez en cuando se levantaban de la silla y paseaban por la estancia, pero siempre se mantenían alejados de Jim, a quien consideraban como el hombre peligroso.

Las horas fueron transcurriendo lentamente y Jim vio que Sheyla doblaba la cabeza a punto de dormirse porque estaba muy cansada. La joven no tardó en apoyar la cabeza en el hombro varonil.

Cuando Masterson y Derry salieron para relevar a los otros dos, Sheyla despertó y miró avergonzada a Jim al comprender que había estado durmiendo muy cerca de él.

Se miraron a los ojos y mudamente se dijeron más de lo que se podían haber dicho con palabras. Y entonces él alargó la mano y tomando a ella la diestra la apretó suavemente.

Masterson observó la escena y se echó a reír.

—Todo eso es enternecedor y me hace recordar a mi pequeña Susan… Vosotros no la conocéis, pero Susan es una pelirroja con mucho talento distribuido por todo el cuerpo, especialmente por algunos sitios, que es donde las mujeres lo deben tener… Demonios,

estoy viendo su cara cuando me deje caer por Tombstone con mi bolsa repleta de dinero. Entonces ella también me tomará a mí la mano y me la apretará mientras me mira a los ojos.

Jim se decía que aquélla era la situación más peligrosa de su vida. Ahora eran las dos de la madrugada y pasadas unas cuantas horas los pistoleros se dispondrían a marcharse. Y naturalmente, Roy Palmer querría llevar a efecto su idea: matarlo a él y llevarse por la fuerza a Sheyla. ¿De qué forma lo iba a impedir? Naturalmente, estaba dispuesto a luchar hasta morir, pero también resultaba claro que nada podría hacer sin un revólver en la mano.

Ahora le pareció que el tiempo corría muy aprisa.

Y las horas le parecieron minutos y por fin empezó a verse la claridad por la ventana.

Bill Masterson se puso en pie.

—Bien, Derry; llama a Edgar y Roy. Nos vamos.

Derry se dirigió al dormitorio mientras Bill se ponía en pie y apuntaba con su arma a Jim.

Edgar y Roy Palmer aparecieron desperezándose.

—¿Listos, chicos? —dijo Bill.

Roy observó a Sheyla y al joven que se sentaba a su lado.

—Sólo nos falta el detalle final para que podamos emprender el viaje. Ella se viene conmigo y a él lo liquido.

Sheyla se puso en pie de un salto.

Jim creyó que se iba a lanzar sobre Roy y le tomó la muñeca.

—No iré con usted ni aunque me mate —exclamó.

De pronto se oyó una galopada lejana.

—¿Qué es eso? —dijo Bill Masterson.

Todos se quedaron quietos escuchando el galope que poco a poco se acercaba a la casa.

—¡Maldita sea! —gritó Derry—. Parece que vienen aquí.

—Asómate por la parte de atrás y ten cuidado —ordenó Bill.

Derry corrió a la cocina.

Los demás permanecieron en la estancia escuchando.

Derry reapareció en la estancia como una exhalación.

—¡Vienen acá!

—¿Cuántos son? —inquirió Bill.

—Lo menos veinte… Estamos perdidos. No podremos escapar por ninguna parte.

—¡Maldita sea…! ¿Por qué nos quedamos anoche? Patrick tenía razón.

—¡Cállate! —gritó Bill Masterson.

—Nos has metido en una ratonera, Bill.

—Sólo podemos hacer una cosa —exclamó Derry—. Nos defenderemos hasta el final. Vamos, ¿qué estáis esperando? Colocaos en las ventanas.

En aquel instante la puerta del dormitorio de los niños se abrió y apareció Tim, quien al observar a aquellos hombres puso una cara asustada, pero luego descubrió a su madre y corrió hacia ella.

Sheyla lo tomó entre sus brazos, estrechándolo contra sí.

Derry miró a Masterson, que seguía inmóvil.

—¿Qué te pasa, Bill? ¿Es que todavía no te has dado cuenta de lo que ocurre? Nos van a cazar como conejos.

—Me parecéis un grupo de mujeres histéricas.

Los pistoleros miraron a su jefe con un gesto de perplejidad.

—Sí, muchachos, tenéis menos seso que un mosquito. ¿Por qué habéis de inquietaros si tenéis entre vosotros a un tipo como Bill Masterson? No existe ningún problema… Todo se arreglará estupendamente.

—¿Se te habrá metido el sol en la cabeza, Bill? —murmuró Derry.

Masterson soltó una risotada y luego depositó la mirada en el grupo que formaban Sheyla Norse y su hijo.

—Ella nos sacará del apuro mientras nosotros permanecemos escondidos. Sí, señor; ella y Jess Madigan.

—¡No esperen de mí ninguna ayuda! —exclamó la joven.

—No tendrás más remedio que echarnos una mano y lo harás muy aprisa porque ya están al llegar —repuso Masterson y agregó arrastrando las palabras—: Quieres mucho a tus hijos, ¿verdad? Muy bien; tú lo harás por ellos.

Sheyla comprendió lo que significaba aquella amenaza y se sintió profundamente abatida. Tras un silencio respondió:

—Sí, Masterson. Usted gana. No tendré más remedio que ayudarles.

CAPÍTULO XIII

Jim se encontraba en uno de los dormitorios y detrás de él estaba Roy Palmer clavándole el cañón del revólver en la espina dorsal.

La puerta estaba abierta para que pudiesen oír lo que se decía fuera de la cabaña y al otro lado del hueco se encontraban los otros tres hombres, Masterson, Edgar y Derry, sujetando a los dos niños, a quienes cubrían la boca con la mano para que no pudiesen decir nada.

Los jinetes se habían detenido ya frente a la casa y Sheyla y Madigan estaban fuera.

—Buenos días, *sheriff* —habló la joven—. ¿Qué le trae por aquí?

—¿Cómo estás, Sheyla? Sólo venimos persiguiendo a unos forajidos que asaltaron el Banco de nuestra ciudad.

Jim identificó aquella voz. Era la de Luke Hirt, el *sheriff* de Álamo City, donde él había sido condenado a morir en la horca.

—¿Cuántos hombres eran, *sheriff*? —inquirió Sheyla.

—Seis. ¿Viste a alguien por aquí?

—No, *sheriff*. No pasó nadie.

—Demonios, hemos tenido unos cuantos días malos en Álamo City. Primero se escapó un tipo que mató al hijo del señor Farber, aquí presente. Iba a ser ahorcado cuando logró escaparse de la cárcel. Lo buscamos por todas partes menos por el desierto.

—¿Por qué renunciaron al desierto, señor Hirt?

—El muchacho no tenía agua ni alimentos, y de haber seguido este camino, habría sucumbido antes de llegar aquí.

Hubo una pausa y luego Sheyla preguntó:

—¿Cómo era ese hombre, *sheriff*?

—Un tipo muy alto, rubio, de ojos claros. Tiene una pequeña cicatriz en la mano derecha.

Jim se contempló la cicatriz a que el *sheriff* se refería y recordó que Sheyla la había mirado un par de veces en el transcurso de aquella noche.

Se había hecho un largo silencio después que el *sheriff* describió al hombre que había matado al hijo de Farber.

—¿Acaso lo ha visto, Sheyla?

—No, *sheriff*. Ya le he dicho que nadie pasó por aquí en las últimas semanas.

Jim se dijo que Madigan habría rectificado la respuesta de la joven en otras circunstancias, pero naturalmente, tenía que estar callado porque si decía que uno de los hombres que buscaban estaba dentro, los niños serían los primeros en sufrir las consecuencias.

—¿Y qué me cuenta de ese asalto? —preguntó Sheyla Norse.

—Ya te he dicho que fueron seis tipos. Se llevaron del Banco veinte mil dólares. Sólo sabemos que se dividieron en dos grupos a la salida del pueblo. Pero los fulanos debían haber estudiado bien el terreno porque se esfumaron como si hubiesen sido tragados por la tierra. Nosotros también nos dividimos para hacer bien las cosas y hemos estado recorriendo la región durante unos días. Por ninguna parte los vieron pasar, de modo que pensamos que tal como estaban las cosas, sólo habrían elegido un camino por muy difícil que pareciese. El del desierto.

—No, *sheriff*. Se equivocaron, y lo siento de verdad. Me hubiese gustado ayudarles.

—Está bien, Sheyla. ¿Qué tal van las cosas por aquí después de la muerte de tu marido?

—Nos vamos arreglando.

—¿Sólo tienes a Madigan para los trabajos de la tierra?

—Sí, señor. Sólo a Jess.

—Ya te dije que deberías contratar a otro hombre.

—Proporcióneme lo usted si puede, *sheriff*. Ya fui a Álamo City una vez en busca de un peón y después de perder tres días me tuve que venir sola.

El *sheriff* soltó una risita.

—Deberías instalar un *saloon*, a ver si algún tipo se animaba.

—Tendré que ir pensándolo, *sheriff*.

—A propósito, Sheyla; no veo los niños por aquí.

—Los dejé dormir un poco más porque anoche se acostaron tarde. El *sheriff* se aclaró la garganta.

—Iremos al río para dar de beber a los caballos y luego nos dirigiremos hacia el oeste para dar un rodeo antes de volver a Álamo City. Está visto que no nos ha acompañado la suerte.

—Quizá las cosas cambien, *sheriff*. Es lo que le deseo.

—Gracias, muchacha. A ver cuándo te dejas caer por Álamo City. Ya sabes que allí eres bien recibida.

—Tendré que ir antes de un mes para comprar provisiones. Hasta entonces, *sheriff*.

Masterson había dado orden a Sheyla y Madigan de que permaneciesen fuera hasta que el último de los jinetes hubiera desaparecido, de modo que la muchacha y Jess tuvieron que esperar hasta que los jinetes satisficieron su sed antes de emprender la marcha en la dirección oeste, que había señalado el representante de la ley en Álamo City.

Bill Masterson rompió el silencio.

—Está bien, chicos. Vamos todos fuera.

Sheyla y Madigan entraron en la casa.

—Bravo, muchacha —exclamó Masterson—; te portaste bien.

—Usted sabe por qué lo he hecho, asesino.

Masterson soltó una risita señalando a Jim Saratoga.

—¿Oíste al *sheriff*, nena? ¿O es que ya no te acuerdas de sus palabras? ¿No ha hablado de cierto tipo que mató a un hijo de Farber? ¿Y no dijo respecto a él que iba a ser ahorcado cuando se fugó de la cárcel?

—Masterson tiene razón, Sheyla —asintió Madigan—. Tú has sentido desprecio por Tim y por mí, pero has ido a enamorarte de un asesino.

La joven miró fijamente la cara de Jim y éste dijo:

—No soy un asesino.

—Te creo.

Masterson sacudió la cabeza riendo.

—Ya lo veis, chicos. Lo que puede el amor.

Roy Palmer apretó la culata del revólver.

—Yo acabaré con el idilio.

—No seas estúpido. No puedes disparar ahora. El *sheriff* y su pandilla oirían el estampido y estaríamos listos.

Roy hizo un gesto afirmativo.
—Está bien, Bill. Ya he esperado mucho. No importa que espere un poco más.
Madigan miró a Roy.
—Quiero hablar contigo, muchacho.
—¿Acerca de qué?
—De ella, de Sheyla.
—¿Qué es lo que quieres?
—Que la dejes aquí.
—Vaya, eso sí que tiene gracia. Nos salió otro Romeo.
—Tengo dinero ahorrado, Roy.
Derry intervino.
—Caramba, tienes dinero y cuando pasamos por aquí hace unos meses juraste por tus padres que no tenías un dólar.
—Era natural que lo hiciese, ¿no? Y ahora se lo ofrezco a Roy para que se marche solo.
—¿Dónde lo tienes? —preguntó el rubio.
—En un escondite en mi habitación, en el suelo.
—¿Cuánto?
—Mil trescientos dólares. —Madigan sonrió—. Yo también pegué mi pequeño golpe antes de encerrarme en este lugar.
Roy soltó una risotada.
—¿Qué os parece el tipo? Me ofrece mil trescientos dólares para que deje a la muchacha.
Sheyla exclamó:
—¡Siento asco de ti, Jess! ¡Tanto como lo pueda sentir de ellos! ¿Crees que yo podría ofrecer a mis hijos como padre al hombre que mató a Tim?
—¡Los niños! ¿Dónde están?
Todos se volvieron sin ver a ninguno de los chiquillos.
Derry corrió al dormitorio, pero en seguida regresó diciendo:
—¡No están aquí!
La puerta de la casa estaba abierta.
—¡Han salido fuera! —gritó Masterson—. Ve por ellos, Sheyla. Y vosotros atended las ventanas y la puerta.
Sheyla se precipitó por el hueco saliendo de la casa rápidamente. No vio por ninguna parte a Tim ni a Mary.
Bill Masterson le advirtió desde la puerta:

—No los llames a voz en grito. Y será mejor que no te muevas de ahí.

—No tiene que preocuparse, Masterson —respondió la joven, con un temblor en el cuerpo—. El *sheriff* y sus acompañantes están ya muy lejos del valle. No pueden oírme. Tim y Mary deben haberse ido al río. Déjeme que vaya por ellos.

—No, pequeña. Te vas a quedar ahí donde yo te vea. Tienes madera de heroína y apuesto a que aprovecharías la primera oportunidad para jugárnosla.

La joven permaneció inmóvil aun cuando se retorcía las manos sobre el estómago porque no estaba muy segura de que Mary y Tim hubiesen ido realmente al río.

En el interior de la casa, Jim observaba por el rabillo del ojo a sus enemigos. Roy Palmer se hallaba detrás de él, como siempre, apuntándole con el arma.

De pronto Sheyla echó a correr hacia la catarata. Bill Masterson gritó:

—¡Quieta, muchacha, o disparo!

Jim estaba a demasiada distancia del jefe de los forajidos y advirtió:

—¡No haga eso, Bill! ¡No lo haga! Masterson exclamó de nuevo:

—¡Párate ahí, Sheyla!

Pero la joven continuó su carrera.

Bill levantó el arma para disparar y de pronto Jess Madigan se le echó encima atrapándole por la muñeca.

—¡Maldito! —gritó Masterson y se revolvió dando un tirón fuerte del brazo que Madigan le sujetaba.

Jesse perdió el equilibrio y se desplomó en el suelo.

Bill buscó con la mirada a Sheyla, pero ya había desaparecido. Entonces se revolvió lleno de furia apuntando con su arma a Madigan.

—¡No dispare! —gritó Jess en el suelo.

Masterson apretó el gatillo tres veces consecutivas y los plomos picotearon en la carne de Madigan, el cual se estremeció convulsivamente y luego de hacer una mueca de dolor dobló la cabeza, muriendo.

Masterson giró bruscamente.

—Anda, ve por ella, Derry —ordenó.

—¿Qué he de hacer cuando la encuentre?

—¡Maldito seas…! ¿Por qué tienes que preguntarlo? La liquidas.

Jim saltó a un lado interrumpiendo el paso de Derry.

—No le dé esa orden, Bill. ¿Por qué ha de mancharse las manos con sangre de la muchacha?

Sólo quería ganar tiempo porque sabía que Masterson estaba ahora ebrio de furia.

—Quítate de ahí. Watson. Quítate o te juro que te lleno de plomo.

—No puede disparar, Masterson. Recuerde al *sheriff* y a sus acompañantes.

—Ya hice tres disparos y no me importará hacer unos cuantos más. Y yo sólo quiero a la muchacha y a los niños para tenerlos como rehenes.

Jim se apartó lentamente y entonces Derry salió de la casa a todo correr.

Bill Masterson, Roy y Edgar, apuntaban ahora a Jim con sus armas.

—Eres un muchacho muy juicioso —dijo Masterson.

Jim deseó con todas sus fuerzas que Sheyla hubiese encontrado a los niños y emprendido la marcha en pos del *sheriff* y de los hombres de Álamo City.

Transcurrió un minuto y luego otro.

Y de repente un grito rasgó la atmósfera, un grito que hizo estremecer a Jim porque había sido lanzado por Sheyla Norse.

Capítulo XIV

Masterson, Roy y Edgar quedaron también paralizados.

Jim aprovechó su oportunidad. Sabía que lo que iba a hacer era muy peligroso, pero no tenía opción.

Golpeó con el puño en la cara de Masterson, derribándolo sobre sus compañeros. Luego salió por la puerta imprimiendo a sus piernas la máxima velocidad.

Sonó un disparo, pero la bala chocó contra la parte superior del marco porque él ya estaba en el exterior. Luego dobló hacia la derecha siguiendo el camino por donde había llegado el grito.

Oyó las maldiciones de Masterson a su espalda.

—¿Qué estáis esperando, chicos? ¡Asadlo vivo!

Jim dobló por la esquina de la casa justamente cuando se producían otros dos disparos y de nuevo logró burlar los proyectiles. Aprovechando que el terreno descendía suavemente hacia la orilla del arroyo, corrió como una flecha.

El corazón le dio un vuelco al no ver por ninguna parte a Sheyla.

—¡Sheyla! —gritó con todas sus fuerzas.

—¡Aquí, Dan!

Localizó en seguida la voz. Procedía de la parte cercana a las cascadas, donde él había dejado caer las rocas la noche anterior para que sirviesen de muro de contención.

A sus espaldas oyó de nuevo las voces de los forajidos.

Zigzagueó entre las piedras y entonces sonaron otros dos disparos y las balas aullaron en busca de su carne, pero rebotaron en las rocas y se perdieron a lo lejos.

Jim pasó el cauce del río saltando de una piedra a otra, apoyándose en un solo pie.

—¡Malditos seáis! —oyó gritar a Masterson—. ¿Es que todavía

no lo habéis liquidado? ¡Dejadme a mí!

Jim estaba llegando a su destino y seguía sin ver a Sheyla y a ninguno de los niños.

Tenía ante sí las rocas y dio un salto volando por encima de la más pequeña y cayendo a la otra parte en el preciso momento que los forajidos volvían a disparar.

Golpeó contra los guijarros y rodó por la arena y finalmente quedó quieto, con la cabeza vuelta hacia las grandes rocas. Allá, junto a una de ellas, vio a Sheyla de rodillas con un hijo en cada brazo apretándolos contra su pecho, mientras miraba con ojos aterrorizados al hombre que estaba muerto en el suelo, boca arriba.

Era Derry. Todavía esgrimía la pistola en la mano, pero ahora ya no podría disparar ninguna bala. En el centro de su pecho sobresalía el mango de un cuchillo.

—¡Yo lo he matado, Dan! —murmuró Sheyla—. ¡Le he quitado la vida!

Jim gateó hasta detenerse junto a la mujer, y le levantó la cara.

—Has defendido tu vida, Sheyla. Masterson dio la orden de que él te matase… Ha sido Dios quien ha movido tu mano —hizo una pausa—. Madigan también murió. Quiso evitar que Masterson disparase contra ti.

Sheyla lo miró con los ojos llorosos.

—¡Oh, Dan! ¿Cuándo va a acabar esta pesadilla? ¡Estamos perdidos! ¡El *sheriff* y los hombres que lo acompañaban no han oído nada!

En aquel instante Masterson soltó una risotada.

—¡Eh, Watson! ¿Es que crees que vas a conseguir algo huyendo como una liebre?

Jim alargó la mano y se apoderó del revólver que había pertenecido a Derry. Observó el cilindro, comprobando que estaba lleno de plomo.

—¿Qué vas a hacer, Jim? —preguntó Sheyla.

Saratoga le guiñó un ojo y le sonrió para infundirle ánimos. Luego se acercó a la roca y empezó a levantarse. No vio a nadie allá enfrente y eso quería decir que Masterson y sus dos compinches habían buscado refugio.

De pronto sonó un estampido y la bala pasó muy cerca de su cabeza.

Edgar, el autor del disparo, cometió el error de quedarse en pie, quizá para ver cómo caía Jim. Entonces éste hizo fuego y el forajido que había enterrado a Nash y a Patrick recibió el impacto en el centro del pecho y cayó hacia atrás herido de muerte.

Luego Jim se escondió otra vez.

—Sólo quedan dos —dijo—: Masterson y Roy Palmer.

Sheyla se había sentado en el suelo apoyándose en una roca y continuaba abrazada a sus hijos.

El silencio era tan sólo roto por el fluir del agua.

De pronto Jim oyó un ruido a la derecha, casi a la misma altura en que se encontraba.

Volvió la cabeza al tiempo de ver salir a Roy Palmer por entre dos piedras y echar a correr hacia ellos. El rubio avanzaba con el revólver levantado. Listo para hacer fuego y sus ojos brillaban como los de un loco.

Jim empezó a disparar, justamente cuando Palmer también apretaba el gatillo, pero la bala de Jim lo alcanzó una décima de segundo antes y de esa forma perdió puntería Palmer, y su proyectil se hundió en el suelo, porque el rubio dio una terrible voltereta en el aire tomándose el estómago con la mano libre. Fue a golpear contra una piedra de filo muy cortante y sonó un chasquido como de huesos rotos.

Jim vio el cuerpo de Palmer en una extraña posición y comprendió que se había roto la espina dorsal, muriendo en el acto, aun cuando de haber caído bien no habría tardado mucho en hacerlo por efectos del plomo.

De nuevo se hizo un silencio en Paradise Valley.

Mary, la niña, empezó a llorar.

Jim se alzó otra vez observando todos los rincones del río. De pronto oyó la voz de Masterson:

—¡No te muevas, Watson! Desde aquí arriba puedo disparar contra ella y los chiquillos y te juro que lo haré primero contra ellos si das media vuelta.

Jim soltó una maldición. De modo que Masterson había sido más listo que él. Había subido a la cascada y estaba hablando desde las peñas de lo alto.

—¡Vamos, tira ese revólver, Watson!

—No; no lo tiraré.

Lo había visto por el rabillo del ojo porque el propio Masterson se había movido hacia un lado.

Se revolvió e hizo un disparo, dos, tres.

Los tres plomos hicieron blanco en la humanidad de Masterson, quien se estremeció como un pelele sobre la gran piedra que había elegido últimamente para apoyar los pies.

Jim sintió temor que en el último instante el forajido se pusiese a disparar alocadamente, pero ahora Bill abrió la mano y el revólver que empuñaba rodó desde lo alto golpeando contra las aguas.

El rostro de Masterson se transfiguró en una mueca de dolor y empezó a doblarse mirando con los ojos desorbitados al vacío. Se venció poco a poco y por último se precipitó en el aire.

Sheyla lanzó un grito de horror y cubrió la cabeza del niño para que no viese el final de Masterson.

El cuerpo del forajido golpeó pesadamente contra las rocas. Sheyla alzó los ojos mirando al joven.

—¡Oh, Dan…! ¡Estamos salvados…! Y has sido tú quien lo ha hecho.

—Mi nombre no es Dan, Sheyla. Soy Jim Saratoga, el tipo que el *sheriff* buscaba, el que mató a Farber en Álamo City.

—No hace falta que expliques nada.

—Es mejor que lo sepas todo desde ahora. Es cierto que maté al hijo de Farber, pero lo hice para defender mi vida, lo mismo que he hecho ahora.

De pronto se oyó una voz:

—¡Está bien, Saratoga! ¡Suelte el revólver!

Era el *sheriff* de Álamo City que avanzaba por un banco de arena y a su lado, a derecha e izquierda, caminaban una docena de hombres, todos con las armas en la mano.

Jim dejó caer el «Colt» y esperó a pie firme.

—Ahí lo tiene, señor Farber.

El ranchero era un hombre de cabello blanco y rostro de facciones duras. Sus ojos fríos observaron la figura del joven.

Sheyla se puso en pie y avanzó dejando atrás a los niños.

—¿Está seguro de lo que va a hacer, señor Farber?

El ranchero levantó la mano con la que esgrimía el revólver sin dejar de mirar a Jim Saratoga.

Sheyla gritó:

—¡Jim ha acabado con todos los salteadores! El botín está en casa. Ahora conozco bien a este hombre y es imposible que él matase a su hijo despiadadamente, señor Farber.

Se hizo un gran silencio. Farber seguía con el revólver apuntando al centro del pecho de Saratoga y ahora, de pronto, empezó a bajar la mano lenta, muy lentamente, hasta que el cañón apuntó al suelo.

Sheyla dio dos pasos hacia Jim y éste la miró a la cara y le pasó el brazo por los hombros.

Los chiquillos echaron a correr y después de pasar el río se dirigieron a la casa.

Jim y Sheyla fueron tras ellos y los hombres de Álamo City quedaron allá, con las armas en la mano, siguiéndolos con la mirada.

FIN